

Cuentos de aquí... y de allá



*Walter Luis Katz*

## Cuentos De Aquí... Y De Allá

:Comentario

### Índice

**Experimento secreto**  
**La actriz**  
**El fotógrafo**  
**Sentencia salomónica**  
**El cronista**  
**Los tres amigos**  
**Orgullo**  
**Doble juicio**  
**Tierra quemada**  
**Reunión literaria**  
**La carta**  
**La felicidad enterrada**  
**El camino difícil**  
**El paraíso rosado**  
**La sorpresa**  
**Humor negro**  
**La carrera de bicicletas**  
**La casa cerrada**  
**La perra feroz**  
**ADN**  
**Buena mesa**  
**El partido fútbol**  
**Dolor de espaldas**  
**Visita de cortesía**  
**Noche de fieras**  
**El hombre del perrito**  
**La encomienda**  
**El sombrero**  
**El Ávila**

### Experimento secreto

Ningún monje supo que dentro del monasterio se realizaban ensayos, pues en el laboratorio se guardaba la mayor discreción. Aunque, generalmente para las primeras pruebas se suele utilizar animales pequeños, del tipo que no despiertan sentimientos en los investigadores, como ratones o pequeños animalitos; en este caso, los experimentados eran personas. El carácter secreto del proyecto eliminaba cualquier contacto con el mundo exterior, y la palabra dada por el superior de ese instituto religioso, era una garantía, aunque no se habían firmado contratos u obligaciones por ambas partes.

El equipo constaba de un bioquímico, un biólogo, un médico especialista en enfermedades infecciosas y un enólogo especialista en sabores. Todo comenzó en una reunión de amigos, donde el vino corrió con bondadosa canilla abierta, oportunidad para conversar con libertad sobre sueños y proyectos. Después de varios días de resaca, los científicos se reunieron nuevamente, esta vez sin ser agasajados con una buena bebida alcohólica, sino con unas simples gaseosas. Ciertamente, era legítimo agradecer al licor, por la influencia que tuvo en las deliberaciones que contribuyeron a la creación del proyecto más osado de los últimos cincuenta años.

Se proponían formar un equipo científico que investigara, descubriera y encerrara un nuevo aroma, que con el tiempo, luego de experimentarlo en todos los campos, fuera utilizado en la medicina, farmacopea, alimentación, y productos de limpieza y cosmética. Era sabido que la tarea sería larga y penosa, y algunos de los integrantes no alcanzarían a conocer los resultados, pues se calculaba que los primeros éxitos llegarían después de treinta o cuarenta años. Esta monumental iniciativa debía tener el apoyo moral y financiero de la Organización Mundial de la Salud (OMS). El carácter de la empresa era SECRETO y sin intenciones de lucro. No se podría poner a la organización en el conocimiento público, y desde el momento de la obtención de las primeras pruebas positivas, deberían transcurrir diez años para darse a conocer entre la elite internacional de científicos. Esto evitaría que empresas privadas aprovecharan sin costo alguno los logros del trabajo.

Dentro del mayor secreto, la OMS creó y otorgó un presupuesto al nuevo ente: CLONESCO. Para desprenderse de responsabilidades, se publicó una breve información sin mayores detalles. De todas maneras, algunas revistas científicas lo mencionaron, aunque no sabían de qué se trataba. Un magazín inglés insinuó, dado el nombre, que se trataba de un proyecto gigante de clonación, tema que aún no se había dado a conocer entre el público, pero daría mucho para comentar en los próximos treinta años. En una revista cubana, con ironía escribieron que no se trataba de clonaciones, sino de algo relacionado con obras sanitarias, y que la sigla CLO tenía relación directa con las vías intestinales de animales, o simplemente con el conducto de aguas servidas. La Organización Mundial de la Salud prefirió ignorar todas las consideraciones, a favor o en contra. No hubo nuevos comentarios.

El primer paso para concretar el objetivo fue buscar personal de técnicos, catadores y olfateadores. Con cautela inscribieron técnicos profesionales, pero cuando llegaron al tema de los catadores, se presentó un gran problema. Los postulantes, al informárseles de la peligrosidad del material para probar u oler, se rehusaron a firmar contrato, por lo cual se decidió valerse de los servicios de naturales de la región donde se instalaría el plan. Una última y acertada medida fue contratar los servicios de un filósofo que evaluara los aspectos empíricos y oníricos del acto olfativo y las aspiraciones reales de los participantes en esa tarea. El filósofo, hombre de gran experiencia, dijo que no debían mezclarse las aspiraciones de progreso de las personas con esas a realizarse con el material físico.

\*

El habitante de las laderas del Himalaya vive humildemente; se alimenta con leche de cabra y las pocas verduras y bulbos que cultiva. Su vida es sencilla, obtiene pocos ingresos por su trabajo, y su principal objetivo en la vida es orar y meditar. En esas condiciones, con facilidad pudieron completar el equipo de trabajadores del laboratorio. En buena hora, y con la bendición de los monjes budistas, el trabajo común comenzó su trayecto.

\*

Encerrados en un ala del monasterio y sin conexión con las otras, los científicos comenzaron con los primeros trabajos. Además del personal de

catadores y oledores, había un selecto personal que entregaba el material en envases cerrados, listo para ser olido. Los distintos olores descubiertos eran clasificados para ser objetos de un nuevo examen, y así pasar a una nueva fase de la investigación. Todo esto estaba bajo la supervisión del enólogo. Su larga experiencia catando vinos garantizaba buenos resultados, pero nadie sospechó que evitaba hacer el trabajo en la forma en que lo hacían sus subalternos.

El filósofo se encargaba de la parte ética y humana, y del razonamiento puro, y día por día estudiaba las ambiciones y aspiraciones de los trabajadores; quería saber qué intenciones tenían para adelantar en la vida. - Nada mejor que probar en uno mismo esos sentimientos – pensó – y se acercó a uno de los tubos de ensayo. Creyó que era una de las presentaciones del azufre, y con gran valentía sacó el corcho. No pudo soportarlo; cayó desmayado.

Un inesperado acontecimiento retrasó el ritmo de trabajo, e incluso despertó dudas sobre las condiciones de seguridad con que se trabajaba: durante el proceso de centrifugación del material se produjo una fuerte explosión que, afortunadamente no cobró con vidas; solamente algunos obreros sufrieron quemaduras. Comprobaron que los gases que escapaban del centrifugador no soportaban temperaturas mayores a los tres grados centígrados.

Superados los problemas, el departamento químico siguió trabajando a buen ritmo, analizando todas las muestras recibidas. El progreso era notable y ya podían hacer comparaciones del material con el ácido sulfhídrico; no lo prefirieron, y por el frunce de ceño, todos sospecharon que los resultados no sabían bien. Optaron por el anhídrido sulfuroso, pero éste no dio un buen aliento a las aspiraciones científicas.

Veinte años de enclaustramiento y trabajo dieron sus frutos. Los fieles obreros cumplieron con su trabajo al pie de la letra, progresaron económicamente asegurándose un buen pasar, aunque sufrieron un gran cambio, como se pudo apreciar en la fiesta organizada en honor de todos; cuando actuaron los bailarines españoles y alguien dijo olé, los invitados locales, ofendidos, se fueron.

Científicamente, el proyecto fue un gran éxito, pero no pudieron explotar los resultados obtenidos. El olor y sabor no eran como se suponía, sino como el de un nuevo condimento. El estigma creado al llamar al producto Factor M que aparentemente insinuaba qué elemento lo componía, la utilización de la fórmula P2, y el conocimiento de que el personal realizaba tareas de deposición, espantó a los clientes, y en poco tiempo el proyecto y el producto fueron olvidados.

La única mujer

El mar estaba calmo esa mañana; las ondas acariciaban la playa sin dejar siquiera un poco de espuma. Jorge y Adriana, sentados sobre el murallón, aspiraban el aire con olor a sal. Sobre la plancha de agua, flotaban pequeñas embarcaciones.

A cada instante Adriana se apretaba más a Jorge, lo acariciaba y besaba – entiende que te amo y quiero demostrártelo dándome por completo a ti, aunque me preocupa tu dependencia de Cristina. Quiero ser la única en tu corazón y no protagonista de un triángulo amoroso – le dijo con dulzura.

- Sabes que soy propenso a enamorarme, y vulnerable, pero puedes confiar; soy hombre de una sola mujer, y no seré infiel a Cristina, porque en estos momentos estoy alejado de ella - todo estaba aclarado. Caminaron hacia la carpa.

Jorge demostró que era hombre de una sola mujer. Meses más tarde, caminaba con su compañera sobre la arena aún tibia – ven, te prometí una noche de amor – dijo ella. Llegaron a la cabaña, entraron y se abrazaron. Iba a ser la primera vez, desde que Cristina volvió a él.

La actriz

Volví del Conservatorio de Música y Arte Escénico después de hora y media de consultas con profesores de drama y empleados de la administración. A puertas cerradas y en voz baja me dijeron que la situación política cambió el espíritu del establecimiento. Entendí que aunque nunca expresé mis inclinaciones políticas, tendría problemas para ser recibido como alumno en la carrera de drama, y en caso de ser aceptado estaría obligado a afiliarme al partido oficialista.

Terminado mi servicio en el ejército tomé mis ropas y algunos libros, y con los pesos que me quedaban compré el pasaje a Francia, el más barato, y embarqué en un barco viejo.

El servicio dejaba mucho que desear. Veintitantos días sufriendo el calor y el hacinamiento, el estómago estropeado por la mala comida y la inestabilidad del barco me dejaron en el puerto de Marsella con cinco kilos menos, desalentado y sin fuerzas para llegar en ferrocarril a París. Europa estaba en pleno invierno. Al caer la tarde tomé el tren expreso tiritando, pues mi cuerpo no se calentaba, sufriendo la baja temperatura; con la salida del sol estuve en la ciudad luz, muerto de frío, buscando un cuarto para alquilar.

Con la espalda dolorida, cargando mi mochila, casi al mediodía me ubiqué en el cuarto de desván que me alquiló un agrio e insociable casero. Me tiré en la dura cama y dormí hasta el día siguiente, despertándome cuando el sol estaba alto.

Esa mañana ya estuve inscripto en la academia, para comenzar a estudiar en una semana. Inmediatamente comencé a recorrer las plazas para instalar mi clandestina ocupación de vendedor de cuadros. Pintando a varios turistas por semana me aseguré mi manutención, aunque no en condiciones ideales.

El primer año de estudios fue duro aunque interesante. Encontré compañeros de clase hostiles con los extranjeros, y casi no pude participar en trabajos de grupo, pues ellos no me lo permitían, pero el magnífico sistema de enseñanza me ayudó a progresar rápidamente. Ya en esa etapa sentí seguridad en mis estudios. El programa para el próximo año se basaba en dirección teatral, y los profesores nos anunciaban las dificultades en los cursos.

Fue una experiencia diferente; los estudiantes fueron más amables y me concedieron oportunidad para trabajar en conjunto. Una de mis compañeras, Jeanne Laborie, se sentó a mi lado en las clases; era inteligente, actriz por vocación. Al principio estuve cohibido, pero ella me ayudó a sentirme cómodo en su compañía. Nuestro compañerismo se transformó en amistad; nos reuníamos por lo general en un bar, donde

preparábamos juntos las lecciones. Cuando terminábamos de estudiar nos contábamos nuestras vivencias, nuestras penas y alegrías.

Ese invierno estuve unos días engripado; me cuidó con preocupación, me arropó, me calentó la habitación, y cuando me sentí mejor me invitó a compartir como coinquilino su departamentito de dos cuartos y dependencias de servicio, que cuidaba amorosamente.

Fue un año maravilloso; trabajamos fuerte, preparamos proyectos que presentamos juntos, y lo más importante: nos enamoramos. Juntos recibimos el diploma de graduación y el premio a la mejor dirección teatral. El amor nos mantenía unidos; pasábamos algunas necesidades materiales aunque no nos preocupaban; lo importante era estar juntos.

Con tristeza, pasamos la última noche antes de que ella viajara a la casa de sus padres. Planeamos encontrarnos después de las vacaciones y luego casarnos. Bebimos mucho hasta que mareados nos dormimos.

Me desperté tarde al día siguiente; Jeanne no estaba. Sobre la mesa encontré una lacónica nota, escrita con hermosa caligrafía:

Je t'aime, adieu, J.

No escribió ni volvió. Extrañado, comencé a averiguar su dirección pero fue inútil; nadie la sabía y en la academia se negaron a dármela. Esperé largos meses y reconocí mi error al no anotarla. No entendí su nota ni su actitud. Descorazonado, comprendí que había perdido a mi amada; levanté mis cosas y volví a casa.

Encontré el país diferente; no necesité afiliarme a ningún partido pues el gobierno había sido derrocado, aunque el régimen militar no permitía actividades políticas. La situación era complicada, y el futuro incierto.

Mis estudios y el título obtenido en ese centro cultural, fueron el pasaporte abierto que me ayudó en mi carrera de actor y director, ya en mi joven edad. No podía quejarme; trabajaba como actor, y también dirigía mis representaciones y la de otros productores.

Muchos años después, aún lamentaba haber perdido a Jeanne y sin pensar dos veces, un día tomé el avión a París. La busqué pacientemente, hasta que vi su nombre en un afiche pegado en la puerta de un pequeño teatro, en un barrio parisino. Esperé en la vereda hasta que llegaron los actores, pregunté por ella y me señalaron a una hermosa joven de veinte

años. Me presenté, y con delicadeza pregunté por su madre. Me dijo que la esperara hasta después del ensayo.

Cuando salió nos dirigimos a un bar, sentándonos en un lugar discreto. Comenzó a contar cosas de su vida, aún sin saber quien era yo.

- Cuando mi madre llegó a mi pueblo, descubrió que estaba embarazada. No quiso complicar a mi padre, recién recibido y sin recursos, y decidió traerme al mundo sin su ayuda; unos meses después, antes de que yo naciera viajó a buscarlo. Volvió sola y perturbada; contaba dos versiones: una, que su amigo no quiso recibirla; la otra, que no lo encontró. Se enteró que él sufrió mucho buscándola. Mi madre murió al nacer yo, nombrando todo el tiempo a su gran amor. Mis abuelos me criaron como si hubiera sido hija de ellos, brindándome mucho cariño. Siempre quise ser actriz, para dedicarle a mi madre en un gesto lírico, el cumplimiento de un deseo que no alcanzó a vivir. Me enviaron a París a estudiar en la Academia, y aquí estoy luchando para conseguir un buen papel en un teatro de categoría.

Mis lágrimas fluían en abundancia. No pude contenerme y le dije - hija mía, yo soy tu padre. Desesperadamente busqué a tu madre, sin saber que ella esperaba que nacieras. Nunca perdí las esperanzas; al fin te hallé, y lamento no haber encontrado también a ella. Quiero llorar sobre su tumba y luego, si tú lo aceptas, te llevaré conmigo a casa, pues ese es tu lugar. Soy actor y director con prestigio reconocido y tú lo compartirás conmigo.

Jeanne se abrazó a mí llorando. – Papá, toda mi vida te estuve esperando, soñando que llegabas. Voy contigo y no permitiré que nada nos separe nuevamente.

Hoy, junto a ella me despedí de su madre, y mañana los abuelos llegarán con nosotros al aeropuerto de París para desearnos un feliz viaje.

Quise una hija de Jeanne. Tomado de la mano con nuestra hija, estoy volando sobre el Atlántico. He sufrido mucho – le digo - pero te he recuperado.

Pero nunca le diré que con su madre tuve solamente amor platónico.

#### El fotógrafo

- ¿Qué te gustaría ser cuando crezcas? - Preguntaron a Guido. El niño, sin pensarlo contestó - fotógrafo.

Ya a los ocho o nueve años paseaba por los barrios fotografiando a personas y vehículos. En el secundario se anotó en un curso donde les enseñaban como tomar una instantánea, una pose, y el uso correcto de la cámara fotográfica. Luego siguió la carrera de Fotografía y Publicidad.

La seriedad de los estudios no pudo apagar su espíritu alegre y amante de los chistes. Recordaba aquél día que con un amigo, deportista famoso, fingieron hacer un reportaje. Fue en un bar; en una mesa vecina estaba sentado el reportero de un diario, conocido por sus trampas periodísticas, que escuchaba el diálogo, casi en su totalidad inventado por los dos amigos.

Al otro día, en uno de los matutinos de Roma, apareció el reportaje publicado por el periodista. Días después, Guido y su amigo lo desmintieron y dieron la versión verdadera, con consecuencias no agradables para el ladrón de información.

Otra vez, un joven fanfarrón que pretendía ser modelo, pidió que lo fotografiara para enviar la foto a una revista. Guido "arregló" la cámara para que la cara se viera con ligeras deformaciones. Cuando el muchacho las vio renunció a sus proyectos, convencido de que no era fotogénico.

Al terminar su carrera se empleó en la Policía de Roma como fotógrafo del Departamento de Investigaciones. Allí todo se hacía seriamente y no había lugar para chistes. Su trabajo era fotografiar los lugares donde se cometió delito, y las presuntas pruebas, aunque también tuvo la oportunidad de presenciar hechos, y documentarlos.

\*

La vieja mafia siciliana se había dispersado por todo el mundo. También en Roma existía una organización que se dedicaba al contrabando, venta de drogas, asesinatos por encargo, y ajuste de cuentas entre delincuentes. El Rojo Mancini estaba calificado con mediana jerarquía en la mafia; dirigía a un pequeño grupo y también ejecutaba actos importantes. Se le atribuían algunos asesinatos, aunque no pudieron comprobarlos; ya en el comienzo de las investigaciones las posibles pruebas perdían su valor.

Los detectives y fotógrafos buscaban un cabo para atraparlo en alguna falla; hasta el momento él se reía de todos, disfrutando su impunidad.

Una noche, cuando pasaba Guido con su coche frente a un cabaret de los arrabales, vio al Rojo apuntando a un hombre con su pistola, disparó dos veces sobre su pecho y subió a un coche que lo esperaba; en pocos segundos, el vehículo desapareció por las calles.

Guido tomó una foto en el momento exacto de los disparos. Ésa era la prueba que se necesitaba para detenerlo. Después de llamar a la Policía y recibir a una ambulancia que recogió al herido, viajó al Departamento de Investigaciones, para realizar la revelación en el laboratorio fotográfico.

Entró y contó el suceso a sus colegas. La foto y sus declaraciones eran importantes para condenar al criminal. Trabajó con mucho cuidado para tener resultados óptimos; minutos más tarde los policías que estaban en la sala oyeron una blasfemia, y segundos después lo vieron salir con la cinta velada en sus manos. Algunos lamentaron, otros rieron.

Una prueba contundente ya no existía. Sólo quedaba la palabra de Guido contra la del Rojo y un grupo de expertos abogados. Sus compañeros sopesaban posibilidades: una, el criminal creía que fue fotografiado, buena causa para esconderse y evitar los lugares que frecuentaba. Otra, trataría de vengarse de Guido por haberlo descubierto. Decepcionado y asustado, éste se fue a su casa para descansar. Mientras tanto, el mafioso recibió un llamado telefónico donde le informaban los últimos sucesos.

\*

La tranquila calle estaba casi a oscuras; un auto llegó silenciosamente a la casa de Guido. El conductor quedó esperando; el Rojo, utilizando sus precisas herramientas, abrió la puerta y entró. En una mano sujetaba una diminuta linterna y en la otra una pistola. Lentamente llegó al dormitorio, vio en la penumbra el cuerpo debajo de las cobijas y, acercándose, a boca de jarro, vació el cargador del arma sobre él. Sin esperar, corrió al coche, subió y desapareció en la noche con su acompañante.

Varias llamadas fueron recibidas en la seccional de policía del barrio. Dos patrulleros y una ambulancia llegaron en pocos minutos. Realizaron su trabajo y esperaron al detective Tonioni, superior inmediato de Guido, encargado de las pesquisas, y sus ayudantes.

Antes de la salida del sol, luego del primer interrogatorio el Rojo estaba tras las rejas de una celda. En otra, dormía el policía que le había pasado el

dato sobre la identidad y la dirección de Guido, e información sobre la foto velada.

El detective Tonioni escribió en el acta del interrogatorio que en momentos del atentado, Guido dormía en la habitación contigua. El Rojo acribilló a balazos a la almohada de plumas que el joven recibió de su abuela. Colocada sobre el cabezal de la cama en el lugar del atentado, una excelente y sensible cámara de video cuya cinta giraba a bajas revoluciones, filmó todo lo que aconteció.

Guido reconoció que aunque había crecido, su mente aún elaboraba diabluras.

#### Sentencia Salomónica

Transcurría una época difícil para la industria; las empresas cerraban sus fábricas o despedían a gran parte del personal. Cuando alguna de esas cosas ocurría, los obreros ocupaban las instalaciones y no permitían la entrada a nadie, hasta que se solucionaba el conflicto.

Eso sucedió cuando grandes empresas textiles, frigoríficas y metalúrgicas se declararon en quiebra. Sin que nadie lo previera la historia se repitió, esta vez, en establecimientos con pocos obreros. En estos casos los perjudicados fueron los trabajadores, y también los pequeños industriales, que perdieron sus bienes personales.

Este caso fue muy, pero muy diferente, verídico, y el desenlace fácil de comprender.

El empresario se dedicaba a fabricar palos de escoba y para eso tenía un solo obrero que realizaba todos los trabajos. La estrechez económica lo obligó a suspender la producción por tiempo indeterminado, e inevitable fue la suspensión del leal trabajador.

Pero el hombre no se intimidó; ocupó la fábrica, cerró el portón de entrada y entabló juicio a su empleador. Como primera medida, el dueño despidió al sereno, pues ya había quien cuidara desde adentro. Sólo restaba esperar el veredicto.

El juez deseaba tener una decisión acertada, sin perjudicar a ninguna de las partes. Recordó un dicho popular, que podía coincidir con la decisión, quizás.

Y llegó la triste y salomónica sentencia. El Juez habló – El huelguista está despedido, amparado por los beneficios de la Ley de Despidos, y el demandado ya sabe qué hacer con los palos de escoba.

El cronista

¡Qué tarde! Tarde sin sol, con olor a humedad y sonidos sordos. Apreté mi pocillo de café cortado, dando sorbos cortos, como pensándolos, masticándolos; levanté la cabeza para tomar las últimas gotas, y vi a Pascual que me miraba a través de la vidriera del café, preocupado, tocándose la frente con dos dedos. Dejé el pocillo sobre la mesa y lo llamé con un gesto; él asintió con un leve movimiento de cabeza. Entró casi arrastrando los pies y se sentó a mi lado, mirando hacia el piso.

- ¿Qué pasa, viejo? ¿Por qué tu pesadez y tu tristeza? – Yo no soportaba su sufrimiento – ¿Estás enfermo o algo malo ocurre en tu casa?

Pascual habló mirando hacia la nada – Esta mañana fui reo, acusador, defensor y juez de mí mismo. El escrito de mi acusación ya decidió mi culpabilidad. Mi crónica me sentenció. – Continuó hablando con voz muy baja – Llegué para entregar mi insulso artículo diario, cuando por un raro impulso, lo convertí en un puñado de papel picado. No pude seguir mi hipócrita pose conformista a través de mis escritos y en un arranque de valentía o idiotéz, escribí todo o casi todo lo que me molesta, desde la vecina gorda del segundo piso que tira el agua con jabón sobre mi cabeza, el chico de la carnicera que me pisa los timbos (\*) cada vez que pasa, el irrespetuoso empleado del correo, hasta el ministro que promete y no cumple. Para disculparme, al final sólo escribí: Adiós, mis lectores. Perdón.

Transcurrieron varios días y no escuché palabra sobre Pascual; seguramente estaba ocupado buscando trabajo. Telefoneé a su casa, y una lacónica secretaria automática anunció que el señor Pascual no estaba. Su teléfono interno en el diario estaba desconectado. Pascual estaba desconectado del mundo y de sus amigos.

Compré la edición de la mañana, di una rápida ojeada a los titulares y a su ex columna y luego pasé a la aburrida hoja del director. Comencé a leer desganadamente y casi me caigo de la silla; el artículo, más que la hoja editorial, parecía un sermón de un cura revolucionario. Al final, firmaba simplemente: Pascual N. "El Director".

**Pensé: ¡Bravo para Pascual por su valentía, bravo para los periodistas valientes que nos ayudan a vivir, inyectándonos por unos instantes un poco de esperanza. Quizás algún día el "Cuarto Poder" tenga suficiente fuerza para influir en el cambio, y los lectores agradecidos sean sus fieles soldados!**

**(\*) Zapatos**

### Los tres amigos

**Estudiaron juntos cinco intensos años, que a pesar de la intensidad pasaron como un soplo. Salieron con los diplomas en la mano, usándolos como abanico, caminando abrazados, y cantando bajo el sol de noviembre.**

**Los tres eran diferentes, aunque paradójicamente, iguales. Ignacio era alto y atlético, amante de la gimnasia, carreras pedestres y todo lo que requería esfuerzo físico. Su cabello estaba siempre rapado, y se jactaba que nadie podía tomarle el pelo; su piel siempre estaba tostada por el sol. Era efusivo y espontáneo, y todos sus juegos terminaban en una lucha libre o, si las circunstancias o el lugar no lo permitían, se conformaba con una simple pulseada. Su risa era abierta aunque no estridente. Daba la mano reventando dedos y abrazaba quitando la respiración. Decía las cosas como eran, y nada lo intimidaba o avergonzaba.**

**Héctor era un poco más bajo, muy delgado, con renegridos cabellos siempre despeinados y caídos sobre los costados y la frente, que hacían resaltar su piel blanquísima; sentía terror pánico por los peluqueros. Las manos huesudas tenían un atractivo que recordaba a algún pianista o escritor; el vello oscuro que las cubría hasta los dedos les daba un carácter especial. No era deportista, pero para compartir muchos momentos con su amigo, lo acompañaba en sus entrenamientos. Era sumamente estudioso y reservado.**

**Mónica era un poquito más baja que Héctor, rellenita aunque no gorda, no aumentó ni bajó un gramo en los cinco años de compañerismo. Tenía el rostro rosado y redondeado, que se ensanchaba más cuando sonreía, formando dos hoyuelos. El delicado mentón completaba la armonía del rostro; blondos rulos caían sobre los hombros, y sabía moverlos con un movimiento pendular que producía mareos a los dos amigos. No practicaba**

deportes, pero le gustaba intervenir cuando los dos chicos forcejeaban tirados en el suelo. Entonces, se arrojaba sobre ellos en una turbulenta lucha libre, que finalizaba sin vencedores ni vencidos. Luego los abrazaba y besaba en las mejillas o en los cabellos.

Desde el comienzo del secundario compartieron el mismo banco en la misma división. Convinieron un turno rotativo para no provocar discusiones; ora se sentaban juntos los dos chicos, ora ella con uno, ora con el otro. Los deberes para la casa y la preparación de las lecciones eran en equipo. Se llamaban a sí mismos "el triángulo equilátero" y no permitían que nada en el mundo deformara los tres ángulos iguales. Era una secta que no admitía intrusos.

En las largas tertulias mantenían conversaciones que los acercaban más espiritualmente. Mónica se recostaba sobre el pecho de alguno de ellos y charlaba sin descanso. Le gustaba hablar de amor, alegrando a Ignacio y avergonzando a Héctor. Por lo general estas reuniones terminaban en una pelea sin armas, que finalizaban con los cuerpos cansados, y abrazados en el duro piso.

Cuando salían a pasear, ella tomaba una mano de cada uno y los arrastraba hacia la dirección que elegía. Era la voz cantante y la que daba alegría al grupo. Le gustaba coquetear con ambos.

Si alguien le preguntaba a quien quería más, contestaba: -  
Al que está lejos o enfermo.

Los dos muchachos estaban enamorados de ella en silencio; la protegían, le llevaban los objetos personales más queridos a los que renunciaban para obsequiarle, y los chocolates y golosinas que a veces ni probaban. Nunca le demostraban sentimientos de amor, pero se ponían celosos si algún joven se le acercaba.

Al terminar los estudios organizaron un viaje a un pequeño lago ubicado en un bolsón protegido de los vientos cordilleranos. Consiguieron una gran carpa, camas desarmables y elementos de cocina. Viajaron en un ómnibus que los dejó en el lugar con el equipaje. Mónica, pequeña ama de casa, organizó el equipo de trabajo: sería la cocinera, Ignacio el encargado de los trabajos pesados y Héctor de la limpieza de la carpa y alrededores. Llevaron radio para escuchar música y bailar en las tardecitas. Durante las noches

unían las tres camas para no sufrir el frío; la muchachita se acostaba en la cama del medio y los amigos la abrazaban desde cada costado para calentarle el cuerpo. Así, calentitos dormían hasta el alba. A esa hora ya comenzaban las actividades: juntar leña para una fogata, acomodar nuevamente la carpa y preparar el desayuno. Luego salían a caminar por las cercanías cantando y haciendo patitos con piedras, sobre las aguas del lago. Cuando volvían, tendían una línea para pescar alguna trucha o arco iris.

Una tarde, mientras Mónica dormía, Ignacio llamó a Héctor aparte y comenzó a hablar con seriedad. - Mira, después de las vacaciones cada uno tomará su rumbo y ese será el momento para decisiones. Los dos estamos enamorados de Mónica y creo que ella lo sabe. La elección está en sus manos. Desde ese momento debemos tener el terreno libre para conquistarla y no me ofenderé si te elige a ti, pero no cederé sin luchar antes por ella.

- Hemos elegido y aprendido a ser hermanos y sólo la muerte puede deshacer nuestro pacto; no puedo disputar su amor contigo – dijo Héctor. Quisieron continuar hablando, mas su amiga salió de la carpa llamándolos para tomar el te.

En los días siguientes la muchacha los mimó más que nunca. Su intuición le ordenaba despedirse de ellos; lo hacía con tristeza, como si fuera la última vez...

\*

Ya todo estaba dentro del cajón, dispuesto a ser cargado en el vehículo que lo transportaría. Los tres entraron al lago para disfrutar los últimos momentos dentro del agua fría. Se internaron un poco, nadando y jugando. De pronto Ignacio sufrió un calambre que no le permitía nadar de regreso. Héctor buscó un lugar donde asirlo y sólo pudo pasarle el brazo por debajo del cuello, pero las fuerzas se le acababan. Mónica estaba como petrificada en el lugar sin poder ayudar. Lentamente Héctor traía a su amigo hacia la orilla, hasta que el peso de Ignacio lo arrastró; trató de levantarlo, mas no lo consiguió. El pesado cuerpo de su amigo se fue desprendiendo de él hasta que desapareció en la profunda masa de agua, ante la desesperación de la chica que lo empujaba desde abajo.

El regreso fue triste y la última despedida fue más aún. Héctor se sentía culpable por no haber podido salvar a su amigo, y además veía esa situación como un mensaje para vencer a Ignacio en el desafío. Propuso a su amiga que dejaran de verse, pues no se sentía acreedor a su cariño y amistad. Ningún argumento de ella pudo convencerlo de lo contrario.

Dos meses después, Mónica viajó a estudiar, y el muchacho quedó en su casa en estado depresivo. Cuando se sintió un poco mejor se empleó en una casa de computación, trabajando en el laboratorio de reparaciones.

Su cuarto con decenas de fotografías de los tres colgadas sobre la pared, la amplia cama, la mesa con la computadora y la alta pila de libros y papeles, daban una triste sensación. Parecía un santuario de tres personas: una muerta, otra hecha un despojo humano, y la tercera lejana y añorada. Las ventanas abiertas, con las persianas entornadas producían una penumbra permanente. Allí pasaba largas horas leyendo y escribiendo hasta que lo vencía el sueño. La tristeza le agudizó la facilidad para escribir y así acumuló muchas hojas de prosa y verso donde volcaba sus sentimientos.

Todo el tiempo pensaba en su amiga, a quien imaginaba dentro de un balón brillante que no le permitía tocarla; su rostro rosado acariciado por los rizos rubios, le sonreía. Así se encontró dos años después en la noche de Año Nuevo; sus padres celebraban con unos amigos. Se sentó a escribir; estaba concentrado en su trabajo y no oyó el tenue golpe de la puerta al cerrarse. De pronto un frufú de telas cayendo lo distrajo; miró hacia atrás y vio a Mónica sin la aureola, despojándose lentamente de sus ropas, sonriéndole dulcemente. Emocionado, lentamente, comenzó a acercarse a ella y acarició su suave piel, mientras abrazaba el cuerpo desnudo. Desde afuera llegaba el sonido de los fuegos artificiales.

### Orgullo

Un día primaveral, llegó Osvaldo a la ciudad valija en mano, el manuscrito de su novela y muchas ilusiones. Su título de abogado y la experiencia de años le prometían éxitos en el bufete que se proponía abrir. Estaba expectante también de la publicación del libro en el que trabajaba desde varios años atrás, y hoy estaba en sus capítulos finales.

La ciudad era encantadora; el cielo de color azul fuerte y brillante estaba matizado por nubes con formas de motas de algodón, y los árboles en las veredas agregaban un poco de verde al conjunto. Las muchachas vestidas con ropas floreadas completaban el idílico cuadro.

En su departamentito amueblado con gusto, Osvaldo disfrutaba su vida de soltero y atendía en el pequeño estudio que recibió listo para ser habitado. Sus pertenencias eran una valija con ropas ahora acomodadas en el ropero, y algunos libros sobre temas legales

Comenzó con entusiasmo; mientras, iba conociendo a sus colegas, que lo recibieron con calor. En una de las reuniones del Colegio de Abogados la conoció; la vio conversando animadamente con hombres y mujeres, con la soltura propia de una persona sana espiritualmente. Con su sonrisa llenaba la sala e irradiaba simpatía. Era hermosa, de belleza serena y ojos que hablaban de la maravilla de la vida. Lo vio solo y lo llamó a compartir la charla.

Desde ese momento se produjo un cambio en ambos; cultivaron una amistad natural, aunque él no podía evitar hablar de amor y más aún, de sus sentimientos hacia ella, que aumentaban cada día. Delia evitaba el tema con habilidad y dulzura.

Cada uno contó su vida sin omitir detalles, incluso algunos sucesos no gratos. Ella habló de su niñez inocente en la gran ciudad, anécdotas en el colegio secundario y en la universidad, cómo conoció a su marido con el que se casó antes de finalizar los estudios, del temprano embarazo y el nacimiento de Emilia que llegó como regalo de graduación para ambos. Una historia de amoríos apartó a su esposo de ella, que quedó dolorida por el engaño; crió sola a su hija y se mantuvo trabajando en un afamado estudio jurídico. Estaba radicada desde hacía varios años en la pequeña ciudad con un buen pasar, muchos amigos, y en especial con tranquilidad para educar a la cariñosa adolescente de trece años. A los treinta y cinco años Delia estaba emancipada económicamente, con una niña para amar y una carrera en camino.

Osvaldo también tuvo una niñez normal en la capital, soñando ser abogado y novelista. Hasta ahora todo funcionaba como lo pensó. Adquirió

experiencia en un estudio de abogados y por las noches trabajaba en la novela, su orgullo y mayor esperanza.

Cuando Delia y Osvaldo estaban desocupados, se sentaban a leer el manuscrito comentándolo; la niña también disfrutaba en esos encuentros. La relación entre los tres era tibia y espontánea; sentimientos de amor iban arraigándose también en el corazón de Delia. Osvaldo se puso en contacto con una gran editorial con la intención de pedir el financiamiento y distribución del libro.

Sus requerimientos amorosos no cesaban y Delia sabía contenerlos sin ofenderlo. Un día, por fin le dijo con dulzura - Osvaldo, hay un hermoso árbol con un solo fruto a punto de madurar; ten paciencia; cuando esté maduro y perfumado, tú serás el único que lo disfrutarás.

- Entiendo tu metáfora – contestó él - mas si mi amor por ti no es correspondido mi vida pierde su objeto. Sufro pensando que aún no llega el momento en que me digas que me quieres – le tomó la mano y Delia percibió su temblor.

A fines del otoño su manuscrito estaba sobre el escritorio del editor. Ahora tenía dos preocupaciones: conseguir el amor de Delia y el contrato con la editorial.

Una tarde de invierno apareció en el bufete de Delia con un sobre muy grande; estaba apenado y se sentía fracasado. El manuscrito volvió sin ser aceptado; lo acompañaba una lacónica carta en la que se excusaban por la devolución. Su amiga lo abrazó apenada - no te preocupes; tienes todo mi apoyo; continuarás escribiendo y juntos lo lograremos. – Comenzó a besarlo; la niña vino y lo abrazó con cariño. Continuó Delia - querido, tienes todo mi amor y a mí para consolarte. Ve, prepara todas tus cosas y hoy a las nueve te pasaré a buscar con mi auto para ir a nuestra casa.

Por la mente de Osvaldo pasaron muchas cosas – esta maravillosa mujer me consuela por mi fracaso, mi manuscrito, un puñado de papel. Me da su amor y sufre conmigo junto con esta dulce niña. Me ofrece su vida para ayudarme en mi tristeza, me brinda su compasión – se dejó besar y abrazar y luego fue a arreglar sus cuentas con el casero. Más tranquilo, envalijó y empaquetó sus pocas cosas, reuniéndolas junto a la puerta.

A la hora indicada llegó Delia en su coche y esperó. Al ver que todo estaba oscuro, golpeó pero no obtuvo respuesta. Preocupada, subió nuevamente al vehículo y viajó hacia su casa pensando que lo encontraría esperándola.

Cinco minutos más tarde paró un taxi frente al departamento de Osvaldo; rápidamente cargaron todo y partieron hacia la salida de la ciudad. Poco después los envolvió la oscuridad.

### Doble juicio

En el juzgado se realizaban dos juicios que en realidad se convirtieron en uno. Técnicamente, las pruebas aportadas en uno de ellos eran válidas también para el otro.

El demandante declaraba que fue víctima del demandado, quien le dio un fuerte puñetazo en el pecho, y exigía cierta suma en indemnización por agresión; solamente su despabilo al dar un paso hacia atrás, lo salvó de una caída que hubiera puesto en peligro su vida.

El abogado que lo representaba, dio ejemplos que en su oportunidad aportaron jurisprudencia en lo que se refería a golpes que no dejan señales en el cuerpo, pero que en el futuro podrían influir en la salud del individuo.

En el otro caso, el antagonista lo demandaba por el hurto de un medallón y cadena, ambos de oro; en el reverso del medallón estaba grabado su nombre. No podía demostrar la veracidad del hecho pues no había un solo testigo presencial; esos elementos estuvieron en su poder en momentos de la denuncia, hasta que fueron depositados en el Juzgado como prueba de acusación.

El Juez formuló a la persona que denunciaba haber sido golpeada, una sola pregunta – ¿Cuántas veces fue usted tocado durante la agresión y cuanto tiempo tomó?

- Tomó menos de un segundo, señor Juez; un solo golpe que valía por muchos.

El magistrado golpeó con su martillo sobre la mesa – He aquí mi veredicto: el supuesto golpeador queda absuelto de todo cargo y el golpeado será penado con un mes de cárcel por el delito de robo. Con el puño cerrado no

se puede apresar nada, como esa persona lo hizo. Ahora, pido que muestre la marca que quedó en su cuello, cuando el dueño del medallón se lo arrancó a la fuerza.

### Tierra quemada

La gente que pasaba por la calle evitaba los diminutos cráteres llenos de aguas calientes; en los hervideros, el barro "plopeaba" salpicando sin clemencia a los pocos caminantes, acostumbrados a las condiciones en la isla. Los vehículos que se veían eran sólo pequeños carros empujados por sus dueños, que evitaban el uso de animales de tiro, para que las aguas calientes no les provocaran quemaduras en las patas. Fuerte olor a azufre acompañaba a la perenne y tenue neblina.

Los habitantes de esa aldea de pocas almas vivían de la pesca, o atendiendo a algún turista que venía a gozar de las aguas termales. Sobre las laderas de las colinas criaban cabras y ovejas, y cuidaban centenarios olivos que cubrían todo el terreno aprovechable. Las mujeres hilaban, tejían y se ocupaban del mantenimiento de las enormes redes de pesca.

Esa mañana de invierno las oscuras nubes presagiaban algún mal suceso. Poco después del inicio de la jornada volvieron todos los pescadores trayendo el cuerpo de un hombre; había caído de uno de los botes, enganchándose en una red. Todo aconteció tan rápido que no hubo posibilidad de ayudarlo. La noticia se difundió y en pocos minutos decenas de mujeres vestidas de negro, en duelo colectivo, corrieron hacia la casa del difunto.

Hermógenes era un joven cartonero. Todos los días salía muy temprano de su casa para juntar en su carrito unas pocas chatarras que amontonaba en el patio; al llegar la pila de desperdicios a una altura considerable, avisaba al contratista que se ocupaba del reciclaje, y éste enviaba un camión con ruedas macizas para recoger lo recolectado. Por la venta recibía Hermógenes unas pocas dracmas, con las que mantenía a la pequeña familia que formaba con Elah, su joven esposa, y el pequeño Ilis. El sueño de los jóvenes era salir de ese lugar castigado por terremotos y condiciones climáticas extremas, y trabajar en labores más humanas y rentables.

Esa mañana, estaba haciendo atados de hierros y maderas, cuando la tierra comenzó a temblar, como era habitual; la gente no se inmutó en especial, pues esos casos terminaban en pocos segundos, sin graves consecuencias. Esa vez el temblor lo sorprendió; perdió el equilibrio, cayendo sobre la tierra hirviente y lodosa; lo levantaron, pero ya había sufrido algunas quemaduras. Lo llevaron al pequeño dispensario, desvanecido y sucio.

Cuando volvió de su desmayo, lo recibió la sonriente cara de Elah, que lo acariciaba. Se miró a sí mismo, sorprendido por estar tan blanco y limpio, sin el barro que representaba la vida en ese lugar. Parecía un buen augurio; un fulgor de esperanza los acarició. Sus vidas necesitaban un cambio, y decidieron continuarlas en un lugar mejor; tal vez esta vez sus sueños se harían realidad.

Salieron a la calle brazados, caminando lentamente, evitando los hervideros.

#### Reunión literaria

Queridos lectores:

Me invitaron a una reunión de escritores a la que debía llegar a las nueve y media de la mañana, en un simple viaje en autobús con trasbordo.

A las siete y media estuve preparado para salir al cruce por donde pasa el apreciado vehículo, lo esperé cuarenta minutos y cuando ya estaba descorazonado, llegó. Perdí el autobús principal por medio minuto, lo que me obligó a esperar otros veintinueve. Cuando llegué busqué el autobús número cuatro y nadie sabía explicarme donde tomarlo. Pregunté sobre la dirección a la que debía llegar y me contestaron con el estilo que usaban los antiguos paisanos: ahicito nomás, después de la loma, a la derecha.

Quise hacerme el héroe y comencé a caminar cuesta arriba. Mis piernas no daban más y para no aburrirme probé silbar alguna linda melodía, pero mi respiración no me ayudó. Al final del kilómetro en subida me encontré con un sistema sofisticado de escalinatas que me recordaron la película "La batalla de Argelia". Por ser mi primer visita no estaba mal, llegué con retraso de una hora. Recibí algún reproche liviano.

Para la segunda reunión me sentí veterano y con experiencia para la gran aventura. Llegar al cruce que se encuentra a la distancia de dos minutos de mi domicilio me tomó media hora, más cuarenta minutos de espera hasta que pasó un amigo en coche y se ofreció a llevarme hasta donde yo quisiera. Como ya sabía cómo viajar le pedí que me dejara frente a la terminal. Pregunté por el autobús número cuatro y aprendí que el cuatro se toma en el centro. Subí a un auto-carreta que viajaba como en una procesión; en media horita cumplió con el servicio que en días normales lo hace en menos de cinco minutos. El "cuatro" se hizo rogar y a duras penas, transpirando y cojeando llegué a la entrada del edificio. Conté todos los escalones y jadeante llegué al baño.

Saludé avergonzado, me senté, leí el material, lo entregué, miré el reloj y grité: FELICES FIESTAS. Esa fue la entrevista más corta de mi vida.

Bajé corriendo la interminable serie de escalinatas hasta que llegué a la calle principal para iniciar mi viaje de vuelta a casa, el mismo itinerario, pero al revés.

Tengo una idea: para el próximo encuentro creo que los invitaré a ellos aunque tenga que preparar café para un regimiento. Hasta la próxima. Felices fiestas.

#### La carta

Estaba sentado Ignacio en su despacho, conversando con su contador. Las caras severas delataban un decaído estado de ánimo. Sacó de un sobre un papel escrito a mano; con indecisión comenzó a leer en mediana voz.

“Querido Ignacio: años pasaron desde aquel día que dejé la casa paterna, desobedeciendo las normas que aprendí en la niñez. Reconozco mi apresuramiento, pero mi joven edad se manejaba con impulsos. Ya no hay posibilidad ni tiempo para encaminar la rueda hacia atrás. A pesar que los recuerdos me atraían hacia la casa natal, sentimientos y obligaciones me aferraron a la realidad.

Mi casamiento con Julio fue un acto de rebeldía. No quise aceptar sanos consejos; preferí alejarme rompiendo vínculos muy estrechos. Reconozco mi error pero no pido perdón, y creo que ya no es necesario aumentar su gravedad; lo he pagado lentamente. Después de casarnos, viajamos al

Chaco, y Julio se empleó en un obraje como capataz de cuadrillas. La vida no fue fácil; me sentí muy sola atendiendo mi humilde hogar, vivíamos estrechamente, y para colmo de males, mi esposo sufrió un terrible accidente, cuando una estiba de troncos rodó hacia abajo, aplastándolo. Largos meses estuvo internado y yo mantuve la casa con lo poco que pude ganar. Como no era asalariado, no tenía beneficios sociales; tampoco tuvo la precaución de abonarse a un seguro médico. Los pequeños ahorros se terminaron. Falleció dejándome sin recursos.

Poco tiempo después me enfermé. Paso el tiempo internada o acostada en mi pobre vivienda, en la que ya no queda nada para vender. Debo comprar mensualmente una medicina muy cara; además estoy a punto de ser desalojada de la casa por falta de pago.

He esperado mucho tiempo para recurrir a ti. Necesito una ayuda para levantar la orden de desalojo y para los medicamentos del mes. Solo diez días me separan de la catástrofe. Tú eres mi única esperanza. Besos, Eugenia”.

\*

- La carta demoró varios días en llegar. Inmediatamente subí al coche, cargué combustible y viajé. Llegué hasta su pueblo y me presenté en la casa de su vecina que con dolor me dijo que ya era tarde. Eugenia falleció sin alcanzar a verme ni recibir mi ayuda. Me contó algunos detalles: para evitar la vergüenza de verse con las cosas en la calle, se internó un día antes. Preguntó por los gastos de internación y de sepelio en caso de morir; alguien, con poco tacto, le dijo que si no pagaba, su cuerpo podía ser entregado a la ciencia.

- Imagínate, corrí al hospital y comencé a averiguar. Una sociedad de caridad se encargó de su cuenta y del entierro. Me entregaron un gran sobre lacrado. Afirmaron que allí estaban todos sus documentos y pequeños objetos. Aboné todos los gastos, hice una donación, y luego contraté una empresa para que se ocupe de enviar su féretro. En pocos días estará aquí para descansar cerca de nosotros.

Ignacio respiró profundamente y abrió el sobre, sacando las cosas una por una; fotos de la familia, sus primeros aritos, su diario de adolescente. Luego sacó su partida de nacimiento, la nota de desalojo, la partida de

defunción y varias cartas escritas a través de los años, ya amarillentas, que nunca envió.

Introdujo su mano nuevamente y encontró el último objeto. Era un sobre pequeño, que parecía haber sido cerrado días atrás. Con miedo, comenzó a abrirlo; le parecía que estaba tocando a Eugenia. Con voz muy apagada comenzó a leer:

"Querido hermano: después de tanto años, supongo que estás solo, sin nuestros amados padres. Quiero confesarte un secreto y pedirte un último favor: Hace tres años nació nuestro hijo; es hermoso y dulce, parecido a ti. Cuando mi esposo estuvo internado y quedé sin posibilidades de atender al niño, lo dejé en un asilo para su cuidado. No me cobraron un centavo ni me obligaron a renunciar a mis derechos sobre él. Escribo la dirección al pie de la carta. Quiero que mi parte de la herencia que dejaron nuestros padres, sirva para educarlo. También te pido que le cuentes sobre mí y sobre todo, que no me olvide. Recibe todo mi amor. Eugenia."

Ignacio se levantó de su silla con los ojos enrojecidos por el llanto; con voz quebrada pudo decir – viajaré a traer a su hijo, y desde este momento el principal objetivo de mi vida será cuidarlo y quererlo como mío. Su madre estará representada en él, y será el mejor lazo que la unirá con el amor que dejó en la tierra. - Continuó con firmeza - Ya es hora de comenzar.

#### La felicidad enterrada

Hubo una vez un propietario de inmensas extensiones rodeadas por montañas cubiertas de nieves y bosques. Ríos y arroyos regaban las tierras aptas para todos los cultivos; el paisaje encantador y de carácter pastoril invitaba a la vida. Las dádivas que recibió de sus antepasados le preparaban un buen pasar. En este idílico ambiente vivía con su familia.

Pasaron los años y al verse envejecer, llamó a sus hijos y les contó un secreto que pasaba de padres a hijos. En los inmensos campos, enterrada bajo la fértil tierra se encontraba "la felicidad", prometida a quien los trabajara. Cada sucesor entendió los términos del legado a su manera, y para llegar a una buena conclusión transcurrieron muchas generaciones.

Los nuevos propietarios integrantes de la familia trabajaron la tierra, a veces intensamente, a veces no, pero la intención siempre fue encontrar la felicidad o enriquecerse. Muchos trataron de lograr las dos cosas juntas.

Con el correr de los años convirtieron el campo en un vergel que renovaban con periodicidad de acuerdo con las edades de las plantaciones o con las exigencias del mercado. Las ansias de triunfar en la empresa los unieron en el trabajo. Sus sudores humedecieron las tierras y muchos surcos fueron marcados con el esfuerzo de sus espaldas.

Los jóvenes se casaron con lindas y robustas campesinas, y trajeron al mundo niños sanos que continuaron lo iniciado por sus padres. La extensión de las tierras no permitía elaborarlas en un solo año, por lo que decidieron hacer cultivos selectivos y anuales, trabajando por turno cada parcela repartiéndolas en las diferentes estaciones.

Llegado el siglo veinte los progresos de la ciencia tomaron papel importante en la agricultura, mas la voluntad para trabajar disminuyó. La riqueza material no fue lograda, y la situación de disconformidad comenzó a dividir a la familia, que tampoco encontró la felicidad prometida.

Llegó el fin del siglo y las propiedades, que ya no rendían ganancias, quedaron en manos de un solo heredero. Decidido a enfrentar a la realidad se encomendó a una empresa titánica.

Comenzó nuevamente con la explotación de la tierra, pero ya era tarde para lograr algo, sólo con el trabajo. Pasó muchas noches en vela pensando qué podría hacer con las tierras, consultó con especialistas de los que recibió muchos consejos, y finalmente llegó a una decisión para llevar a cabo.

Pero hubo otros consejeros que le recordaron el antiguo cuento del labrador que encontró el tesoro enterrado, gracias a su trabajo perseverante. Esos visionarios no vieron que la dinámica es hoy diferente.

Con resolución, encomendó a un agrimensor que realizara una mensura y loteo de la amplia propiedad. En poco tiempo vendió casi todas las parcelas,

distribuidas casi simétricamente, y fáciles de trabajar. El enriquecimiento fue rápido y seguro. Desde entonces, la familia vive rica y feliz.

Algunos sarcásticos plantearon la moraleja: ¿Estamos seguros que sólo el trabajo trae la riqueza y la felicidad?

### El camino difícil

Hay personas que aprenden las cosas de la vida por el camino difícil. Sin avergonzarme, puedo asegurar que yo soy una de ellas. Siempre me consideré un pensante; mi cabeza siempre elaboró ideas, a veces buenas, otras no tanto, pero a causa del caso que contaré, me convertí en pensador.

Cierto día, caminaba con prisa hacia mi casa, pensando que el camino más corto es una recta, cuando vi a un conocido sumamente dicharachero, que caminaba hacia mí. Lo saludé desde lejos con la mano y luego torcí a la derecha alejándome de mi rumbo, para evitar un aburrido monólogo.

Continué caminando, satisfecho por haberme evadido, y mientras analizaba los resultados de mi huída, vi al cobrador de una firma a la que yo debía cierta suma de dinero; no pensé dos veces, y en la próxima esquina cambié nuevamente mi itinerario, tomando la calle hacia la derecha, alejándome del pago y de mi casa. Hice un amplio rodeo volviendo a mi dirección original y a mi seguridad; mas en la penúltima esquina me esperaba una sorpresa: mi cobrador. Avergonzado y sin tener una salida razonable, pagué.

Contento por haber cancelado mi deuda y también por haber evitado una larga charla, caminé presuroso la última cuadra; el charlatán me esperaba en la puerta de mi casa. No sólo caminé cinco cuadras en lugar de dos; pagué una deuda y también me enfrenté con otro inconveniente: no pude evadirme del locuaz personaje; lo invité a pasar y a exponer su monólogo.

Evidentemente, descubrí que el camino más corto no es obligadamente una recta, si ocurren ciertos percances imprevistos, como en el caso que relaté.

He aprendido algunas cosas por el camino difícil, pero no puedo ocultar que gracias a eso, me he convertido en pensador.

### El Paraíso Rosado

Era una ciudad tranquila y bella, modelo de las antiguas ciudades españolas del medioevo, y sus costumbres ancestrales. La estimación de la ética era elemento primario en esa sociedad, y la institución familiar prevalecía frente a todo.

La policía local se preocupaba por defender los derechos de los vecinos frente a los delitos contra la moral, y la mano férrea de sus agentes lograba por lo general, éxitos dignos de ponderación.

El comisario de investigaciones De la Rosa estaba a punto de renunciar a su puesto, en razón de que no lograba terminar con un problema que lo preocupaba. Se trataba del club de baile "Edén", también conocido como "El paraíso rosado".

Ese club, ubicado en la zona de parques de la hermosa ciudad, ocupaba un gran castillo rodeado por una fosa y una muralla de estilo medieval, permanentemente cerrada por altos y pesados portones accionados mecánicamente. Los guardias vigilaban la entrada durante todas las horas del día. El edificio estaba constituido por varios complejos unidos por corredores y pasadizos. Las salas estaban adornadas con objetos de arte del medioevo, y pesadas cortinas y alfombras representaban hechos de esa época que daban realce al conjunto. Se sospechaba que en el ala occidental del castillo utilizaban las numerosas habitaciones para profesar el oficio más antiguo del mundo.

De la Rosa pidió opiniones y sugerencias al cuerpo de detectives. Hubo muchas ideas; una era efectuar una "razzia" sorpresiva que vaticinaba un fracaso con sus tristes consecuencias, es decir, el bochorno que traería su publicidad, además de soportar un posible juicio que dejaría tambaleante a la institución y cesantes a sus dirigentes. Otra era infiltrar agentes como asociados del club; también era riesgoso.

Se sabía que todas las muchachas que trabajaban allí eran hermosas, con gran experiencia en el trato con hombres, especialmente con los ricos y famosos que frecuentaban el club, comerciantes, artistas, deportistas o simplemente vividores con una buena cuenta bancaria.

Ana, una de las mujeres detectives se propuso emplearse como copera en las salas de baile. No era ella exactamente una mujer hermosa, pero su porte interesante causaba admiración; además, tenía el carácter y el alma para hacer feliz a una persona buena y correcta. Su cuerpo alto y delgado, largas piernas, cuello estirado, nariz respingada y mirada insinuante, eran elementos de atracción. También podía competir con su cultura, pero no precisamente eso buscaban los clientes. En esta oportunidad debía demostrar su sensualidad para atraer a los clientes del club, compitiendo con las jóvenes voluptuosas, atrevidas y experimentadas. Creía que podía desempeñarse, pero si alguien decidía ir con ella al ala occidental del castillo allende los pasadizos ¿Qué haría para afrontarlo y resolver su problema en pocos segundos? Entre todas las proposiciones la suya era la más posible de realizar, aunque siempre existía el peligro de ser golpeada, vejada y hasta sufrir una violación. Fue designada para la misión; De la Rosa la llamó a su despacho, le confesó que estaba muy preocupado y le propuso hablar seriamente cuando ella volviera. Al día siguiente, Ana visitó las mejores Boutiques, para comprar ropa adecuada al trabajo.

No le fue fácil ser aceptada; sus argumentos de que la cultura y la experiencia eran elementos de atracción para ciertos hombres, convencieron a medias al administrador de la casa de bailes. Fue recibida sin ofertas tentadoras; debía resignarse a un pequeño porcentaje sobre lo que recaudara con los hombres y la consumición en el bar.

El primer día lo pasó viendo los bailes en los amplios salones, apoyada en la baranda de la galería abierta que se encontraba en el piso superior, con las chicas que no tenían pareja; al mismo tiempo aprendía a comportarse con los invitados, mientras observaba todas las actitudes sospechosas. Mientras tanto el comisario De la Rosa iba y venía dentro de su oficina, nervioso por no tener noticias de ella.

Al otro día, noche del sábado, el club estaba repleto; el humo de cigarrillos y el olor a alcohol apestaban, y el ambiente festivo invitaba a bailes alocados y actitudes eróticas. Las muchachas se pegaban a los cuerpos de los hombres excitados, lanzando el humo a sus caras sedientas de caricias. Algunas descubrían partes semidesnudas del cuerpo,

uniéndose a la larga fila que bailaba una conga, acompañándose con movimientos sensuales, en un improvisado carnaval.

Junto a las paredes del salón de baile había varios sofás donde se recostaban

parejas en posiciones pornográficas acariciándose morbosamente. El tránsito hacia el pasadizo y la noche de placer era incesante. Ana comenzó a asustarse, maldiciendo el momento en que se ofreció para esa desagradable misión, pero lamentarse ya no solucionaría nada. Confiaba en sus colegas policías, que teóricamente estaban preparados para la ocupación de las instalaciones en forma sorpresiva, y la detención de los visitantes, mujeres de la vida e integrantes de la banda de traficantes de blancas. El buen resultado de la operación la salvaría de lo que parecía inevitable.

Un hombre maduro, bajo y regordete, luciendo oro en los dedos de ambas manos, en los puños de su camisa y en la gran cadena del reloj, se acercó a ella sonriente y comenzó a acariciarle una mano. Ella sabía que después de las caricias vendría la proposición para ir a las habitaciones. La muchacha lucía un collar con un colgante del que salían unos pequeños cables que formaban un capullo abierto; en ese capullo había un pito, y dentro de él, un diminuto micrófono, que se comunicaba a una onda especial de la policía. Lo puso entre sus labios y sopló con fuerza y desesperación. Cerró los ojos y comenzó a rezar.

Los próximos treinta segundos fueron interminables; los policías que recibieron el pitazo, saltaron la muralla con ayuda de las escaleras mecánicas de los bomberos e irrumpieron en todos los cuartos, deteniendo a las personas que se hallaban en ellos. Por fuera, la muralla estaba rodeada por más tropas policiales.

Los diarios de la ciudad tuvieron un buen material para contar enjundiosas historias que fueron el hablar de la gente por mucho tiempo. Comenzó una gran emigración de vecinos, que fueron reemplazados por otros que llegaron para radicarse. El Paraíso Rosado fue cerrado por orden judicial, reformado y reabierto como museo, esta vez con piezas totalmente medievales.

**El severo comisario fue promovido. Llamó a Ana, le mostró la notificación del ascenso y seriamente le pidió la renuncia. Luego le pidió algo más: su mano, para incorporarse a la familia como jefa del hogar.**

### La sorpresa

**Las sorpresas suelen ser agradables, sobre todo cuando se recibe un regalo, un homenaje o llega una persona querida. También las improvisaciones, si están basadas en conocimientos o experiencias, dan buenos resultados.**

**En el caso que contaré no fue así, por falta de un planeamiento previo; también el desconocimiento del evento por parte de la víctima, contribuyó a la catástrofe.**

**Ese domingo la madre preparaba el almuerzo a realizarse en el amplio salón comedor de la antigua casona familiar. Pidió a dos de sus tres hijos varones que no se retrasaran, y éstos salieron por unos minutos con el propósito de regresar a la hora convenida para el ágape.**

**Ése era el día en que ayudaban a sus padres en el cuidado de la casa; el mayor de los hijos estaba vestido con las ropas que usó minutos antes limpiando el jardín: un pantalón de brin claro, una remera liviana, y calzaba sus viejas sandalias. Al salir vio una gran mancha de grasa en los pantalones, y para limpiarla caminó hacia el lavadero, ubicado al fondo del patio. Allí jugaban varios niños con una pelota; los ignoró y se sacó los pantalones y las sandalias. Comenzó la tarea de eliminar la mancha; no fue fácil, y los diez minutos calculados se convirtieron en veinte. Colgó la prenda mojada en el tendedero y vistió otra casi seca del mismo tipo, que se encontraba tendida en la misma soga. No encontró las sandalias; los niños se habían ido y no hubo quien le informara sobre ellas. Demoró otros diez minutos para hallarlas, escondidas detrás de una puerta.**

**Ya vestido, caminó con rapidez para participar en el almuerzo familiar, y cuando entró se sorprendió al ver la sala llena de gente comiendo y conversando. Muchas personas eran desconocidas para él, pero por las fisonomías parecidas y los cabellos claros, entendió que eran de una misma familia. Algunos se pararon y lo saludaron. Casi al final de la mesa estaba**

sentada su hermana menor con el novio, muchacho delicado, hijo de suecos. Esa era la primera visita de sus padres y hermanos. Media docena de rubios con dientes superiores prominentes sonreían a los comensales.

Buscó a su madre y la vio abrazada a una hermana, bailando un vals que cantaban al unísono. Las saludó y de pronto se vio a sí mismo en un espejo colgado sobre la pared. Los cabellos estaba sucios y despeinados, la remera tenía manchas de barro y para completar, cuando miró hacia abajo, vio que vestía el pantalón al revés. Las costuras sobresalían a los costados y adelante. Avergonzado y enojado salió corriendo hacia fuera.

No tenía tiempo para bañarse y vestirse con ropas decentes; además no se animó a presentarse nuevamente frente a los invitados. Permaneció en la casa y comió lo que encontró en la heladera. Aún enojado, esperó a su madre para reprocharle.

Cuando ella entró, la miró con cara seria, pero una carcajada explotó en su boca. La abrazó y la besó, y le pidió que la próxima vez le contara sus planes, aunque eso le costara unas buenas horas ayudándola en el mercado y en la cocina.

#### Humor negro

Los viejos siempre dicen: si dejás de trabajar o de tener ocupaciones, te morís pronto. No se si eso se cumple, mas no deseo morirme por no tener nada que hacer. Por las dudas decidí hacer siempre algo, aunque no sea tan necesario.

El trabajo no me cansa totalmente y en las tardecitas necesito hacer algo que me entretenga. Por eso me pongo a leer, escribir cartas o cocinar algo que no haga mucho daño; pero mi señora también padece de lo mismo y me ocupa el lugar en la cocina, el cuidado del jardín y del perro, y gracias que no hay gato en casa.

Era invierno. La lluvia golpeaba sobre las persianas bien cerradas, mientras yo dormitaba con un libro descansando en mi regazo, y mi esposa perfumaba la casa con el aroma proveniente de una nueva receta que recibió de una amiga que "siempre sabe cocinar mejor que todas".

Me despabilé, aspiré profundamente las especias que despertaban mi apetito y comencé a enredar una trama. Quise sorprenderla; más que eso, llevarla a un estado de confusión. Rápidamente elaboré el plan y comencé a trabajar. Sin hacer ruido, arrastré todos los muebles; el televisor y el largo aparador pasaron a la pared de enfrente y el gran sofá fue al lugar vacío que ellos dejaron. Tomé mi libro para poder dormir nuevamente. Esta vez dormí profundamente, de tal forma que mi señora escuchó mis ronquidos y recordó que existo.

Miró hacia el salón; la expresión de su cara no era de este mundo. Se sintió mareada, sin saber a donde dirigirse. Tuve sentimientos de culpa por haberle producido esa situación tan incómoda. Asimiló el chiste, me perdonó con su habitual cariño y comprensión, y permitió que todo quedara en su nuevo lugar.

Mis aburrimientos continuaron. Como ya nos habíamos acostumbrado al nuevo orden de la sala, pretendí devolver los muebles a su antiguo lugar pero esta vez fui descubierto en la mitad de la tarea, cosa que me obligó a trabajar el doble, y sentirme ridículo ante ella.

El día de su cumpleaños fingí que no lo recordaba, para darle luego una sorpresa. En horas de la siesta me levanté sin hacer ruido, me puse a cocinar con velocidad de "chef", tendí la mesa, puse flores y un par de candelabros. Cuando creí que era el momento apropiado salí de la casa con el perro, me dirigí a un teléfono público y la desperté diciéndole que tardaría en llegar; le pedí que preparara algo para comer y también que sacara a pasear al cachorro. Pocos minutos más tarde estuve en casa con el regalo. Realmente la sorprendí con un momento de alegría.

Otra vez, mientras yo dormitaba frente a la computadora, se fue a dormir la diaria siesta. Una hora más tarde fui al dormitorio y vi que dormía profundamente. Mi lugar en la cama estaba perfectamente ordenado. Quise confundirla con algo más serio. Me acosté en silencio y me dormí. Cuando se levantó, se fue al salón y trató de no entrar nuevamente al dormitorio para no despertarme.

Después de una hora, me paré, ordené la cama, en silencio fui hacia la puerta de entrada, di un suave portazo y simulé entrar a la casa. – Hola – dije - ¿alguien preguntó por mí?

- No – contestó – sólo hubo una llamada para mí. Vengo cansadísimo-comenté – tuve que mover todos los muebles en mi oficina debido a una pérdida de agua.

- ¿Qué decís? Te vi dormido hace una hora.

- No puede ser. No puedo estar en dos lugares al mismo tiempo, en esta dimensión por supuesto. Además puedes ver la cama ordenada.

Mi señora estaba confusa creyendo que yo estaba trastornado, hasta que comencé a reír, temiendo ofenderla o provocarle algo traumático.

Hoy le hice otro chiste. Nuestra cama tiene un control electrónico para la altura; la levanté sólo en mi lado y me metí debajo esperando que ella llegara del trabajo. No era mi intención hacerle pasar un mal rato; sólo quise esconderme, pero tuve un percance: me dormí.

Mujer ordenada, al ver la cama levantada, la bajó apretando el pulsador. ¡Qué horror! Hace dos horas que los bomberos y el carpintero tratan de sacarme de entre los destrozos y un enfermero me da oxígeno por medio de un cañito de plástico.

Todos los vecinos dicen que me aprecian y que nunca pensaron que trataría de suicidarme. Decidieron que desde mañana comenzarán a saludarme. Mi señora llora y promete que otra vez va a mirar debajo de la cama por si acaso, y además dice que me quiere mucho.

Si salgo de esto, y me queda algún hueso útil, lo donaré a la ciencia. Debajo de la cama no me meteré, pero sobre la suspensión de los chistes, no prometo nada. Espero proposiciones, quizás alguna me quite el aburrimiento.

#### La carrera de bicicletas

En todas las paredes disponibles pegaron afiches en los que se anunciaba una carrera de bicicletas con premios tentadores, a realizarse en un pueblo lejano de la provincia, pero la inscripción estaba abierta para todos los aficionados del país.

Los entrenamientos comenzaron con ritmo violento, porque nadie sabía con qué participantes tendría que competir. No sólo el pedaleo ayudaba sino todo lo que se relaciona con el deporte y el atletismo. Muchos realizaban carreras pedestres para fortificar las piernas y estimular la

respiración, escasos deportistas levantaban pesas y otros se dedicaban también a la relajación y meditación.

Los mellizos Tramponi vivían en un lugar muy apartado que no aparecía en los mapas, salvo en algún diario cuando se descubría alguna estafa o hecho delictivo. Los Tramponi eran primero y principal "hombres de negocios" especialistas en envío de obsequios, sobrantes de stock, sin cargo alguno excepto los gastos de empaque, envío y seguro. También vendían de todo siempre a la mitad del precio, con los agregados ya mencionados y la "comisión por servicios profesionales". Estos pequeños ingresos ya habían agregado a sus cuentas bancarias buenas sumas, y al grosor de sus colchones un gran volumen en efectivo.

Indiscutiblemente la integridad de estos caballeros no ofrecía una simple duda, sino al contrario, resaltaban sus honorables cualidades. La amplia preparación de estos señores en el orden técnico, estadístico y especialmente moral, vaticinaba para los dos un futuro brillante.

En esas condiciones y con espíritu ultra deportivo comenzaron ambos la preparación. Por supuesto que sólo uno de ellos se inscribiría en la competición, aunque los dos correrían, cada uno según su turno.

Los planes se trasladaron al papel y luego a la computadora, para que no hubiera equivocaciones. Todo fue estudiado de pe a pa, y recitado en los exámenes teóricos que cada uno hacía al otro. Con mucho cuidado compraron el equipo: dos bicicletas gemelas con todos los accesorios, dos camisetas, dos pantalones y dos cascos idénticos. Cuando llegó el número de participante hicieron una copia perfecta.

No quisieron arriesgarse para no ser descubiertos; harían solamente dos relevos; uno a la mitad de la carrera, cuando comienza el cansancio y otro unos kilómetros antes de la llegada. Tenían una camioneta con carrocería cerrada para que el corredor de turno se escondiera con su bicicleta y avanzara hasta los lugares concertados para hacer los relevos.

El día de la carrera todo iba a pedir de boca. Ya no había contrincantes cerca de ellos, y se dispusieron para el último cambio. También esto salió perfecto. El primer mellizo ya estaba a doscientos metros, en la larga bajada rumbo a la meta cuando se escuchó un terrible grito: - ABRAN CANCHAAA...

El mellizo miró hacia atrás y vio a su gemelo que no había logrado subir a la camioneta, y lo pasaba como alma que se lo llevaba el diablo. Inmediatamente fue descalificado.

Nervioso y ofendido, increpó a su hermano:- ¡Animal! Me estropeaste el final.

- Qué querés, si se me rompieron los frenos.

#### La casa cerrada

El autobús llegó al pueblo con la luz del amanecer; la sala de espera de la estación estaba casi vacía, excepto unas pocas personas que dormitaban sobre los fríos y duros bancos. Sean bajó lentamente cargando su valija y vio a Cecile hecha un ovillo, tratando de calentarse el cuerpo ante el intenso frío. La besó y abrazó fuertemente dándole calor.

Largos meses transcurrieron desde las últimas vacaciones que disfrutaron en Dublín, cuando él cursaba el último año de Criminología y por causa de los trabajos a preparar, no pudo viajar a visitarla. Cecile lo acompañó en el transcurso de dos semanas; se sintieron felices por estar juntos después de la larga separación

Esta vez, si él decidía quedarse en el pueblo o no, no tenía importancia para Cecile; el casamiento ya estaba proyectado para un mes más tarde, y no existía nada que pudiera impedirlo. Mientras, Sean buscaba trabajo, ya sea en el condado o en la capital. En el lugar de su empleo comenzarían la vida de casados.

Llegaron a la casa de los padres de la muchacha, que los esperaban con café caliente y leche recién ordeñada y hervida, y exquisitas masas irlandesas. Abrazaron a Sean con cariño.

Durante la tarde los jóvenes pasearon por las calles, disfrutando el sol primaveral en el frío día; evidentemente la cercanía al mar y la especial ubicación eran factores que influían sobre el clima. Al volver al atardecer, pasaron frente a "la casa cerrada", antigua casona que los dueños dejaron casi abandonada cuando se mudaron a Corck. Las persianas de las grandes ventanas, reforzadas por gruesos listones clavados diagonalmente, habían perdido el color; también la fuerte y alta puerta había sufrido el castigo del tiempo y los vientos.

De pronto, Sean vio una silueta que entraba en la casa; le pareció extraño, conociendo los cuentos que escuchó. Se decía que nadie volvió a entrar a la mansión, e incluso se insinuaban historias sobre aparecidos. Se acercó, tocó la puerta, trató de oír algún sonido, pero sólo hubo silencio. Le preguntó a Celine qué opinaba y ella le contó que los ancianos dueños habían muerto, y no tenía conocimiento si la casa fue vendida. También le recordó los cuentos sobre espíritus ubicados en ella. Sean era escéptico con respecto a esos cuentos; sonrió pero no hizo ningún comentario.

Al otro día fueron a observar el lugar con detenimiento pero no vieron nada que los ayudara. Al anochecer esperaron para ver si se repetía lo sucedido el día anterior, y efectivamente así fue; Sean corrió hacia la puerta, golpeó pero nadie contestó.

Como en el día anterior Sean volvió a la casa y descubrió en la entrada marcas de suelas de zapatillas de goma, que aparecían nuevamente al lado de una ventana en la parte posterior, seguían en dirección al mar y desaparecían entre las rocas. Obviamente, alguien salió por esa ventana escapando de Sean y Cecile.

Después del almuerzo comenzaron a analizar los elementos que tenían y llegaron a la conclusión de que se trataba de un robo o de un contrabando de drogas. El tipo de relaciones que el país tenía con el Mercado Europeo con sus beneficios, no justificaba traer productos normales por vía del contrabando.

Cecile presentó a Sean como criminalista ante el comisario encargado de las investigaciones en el condado. El joven profesional ofreció su ayuda para la solución del caso y la captura de los culpables. Se sentó con el funcionario y juntos decidieron la táctica a emplear.

Durante dos días acecharon efectivos de la policía frente a la casa hasta que llegó el sospechoso. Lo alumbraron con potentes reflectores, lo rodearon y apuntaron con armas. Resultó ser el hijo de uno de los vecinos, muchacho de catorce años, que por orden de la autoridad abrió la puerta con la ganzúa que llevaba en las manos.

Al entrar a una de las habitaciones se enfrentaron con la sorpresa: Vieron algunas vasijas con alimentos y otras con agua y sobre una manta se encontraba

una gran perra ovejera con ocho cachorros. El comisario asombrado le preguntó:

- Hijo: ¿Por qué los tienes aquí?

- Porque mis padres no me permiten criarlos en el patio de mi casa, en razón de

que no tenemos la comodidad necesaria para ellos. A la intemperie pueden morir. – Contestó.

En la estación de policía el comisario tuvo una decisión inteligente – nos repartiremos las responsabilidades; yo tendré en cuenta que no he visto nada, te prestaré una gran casilla de mi propiedad que pondré a tu disposición en el patio de tu casa, y tú desde mañana comenzarás a repartir los cachorros entre personas que prometan cuidarlos bien.

Cecile, Sean y el comisario estaban contentos y satisfechos por haber finalizado con éxito el caso de "la casa cerrada". Los jóvenes ya se despedían cuando entró un agente sumamente agitado. - Permiso, mi comisario – dijo – alguien dejó abierta la puerta y se escaparon todos los cachorros.

El comisario, sin perder la calma, dijo sonriendo - Mañana comienza el operativo de rescate de los cachorros.

Sean y Cecile salieron abrazados, contentos por haber aclarado con éxito el primer caso en la carrera de Criminología.

### La perra feroz

Y conste que esto lo vi; no me lo contaron. Esa mañana estaba la perra Panda tirada junto a la puerta, cuidando que ningún extraño se acercara. Sus grandes fauces garantizaban una guardia perfecta, como lo demostró cuando un perro pasó por la calle cercana; la enorme perra blanca se levantó con elegancia y estiró su largo cuello. Sólo esa pose ahuyentó a su colega.

Transcurrieron contados minutos, y escuché que gruñía pero con pocas ganas; al mirarla vi un gato negro y blanco que con atrevimiento se acercó. Seguramente quería algo para comer, o solamente un poco de compañía. Se abrió la puerta y salió el amo; con suaves palabras y algunos gestos, pidió que expulsara al intruso.

Panda conocía los efectos de un rasguño en el hocico, producto de cierta quirotada contra otro gato, que dejó pasar sin quejas para no descubrir su agraviado orgullo. Miró al gato, a su amo, hacia los costados, y sin encontrar otra salida para demostrar su valentía, al mirar nuevamente hacia todos lados, descubrió el estímulo que necesitaba. Irguiéndose nuevamente con elegancia, con decisión guerrera, salió corriendo tras una mariposa.

#### ADN

- Qué lindo es salir de vacaciones – dijo Omarcito a su padre, mientras le daba a su hermanita Norma un golpe en la cabeza – Podemos hacer todas las diabluras del mundo y nadie nos reprende.

Alberto sonreía ante las ocurrencias de su hijo. Se le parecía en la manera de expresarse; aunque con facilidad se podía percibir la diferencia en sus rasgos. El niño y su hermana menor eran casi una copia fiel de su madre, rubia, alta y delgada; Alberto, alto, relleno, con cabellos oscuros y dos entradas en la frente que delataban un don hereditario, estaba condenado, por así decir, a una pequeña calvicie. El deseo de agradar a su esposa lo llevaba a realizar experimentos ya sea en el peinado o en las ropas que vestía con elegancia.

Sus dos hijos mayores habían pasado la pubertad y preferían quedar en casa bajo el cuidado de la abuela materna y no compartir el veraneo y los juegos infantiles que divertían a sus hermanitos menores. Además, sabían que en la playa tendrían la obligación de cuidarlos todo el tiempo. Para pasar esas dos semanas tenían una agenda completa, donde se incluían paseos con amigos y salidas al cine con amigas.

- Normacito – dijo Alberto combinando los nombres de sus hijos – si les damos ciertas libertades en los juegos, no significa que pueden matarse entre ustedes; además, recuerden que los castigos se cumplen en casa. - Los niños aceptaron la advertencia, aunque interiormente no estaban conformes.

Ana, la madre, había salido a comprar “chucherías” para regalar a sus amigas, y sólo volvería en horas de la tarde.

Este paseo era una renovación de los tiempos en que la familia aún era pequeña, cuando podían pasear y divertirse con libertad. La llegada de los niños los limitó en las salidas y las largas horas de trabajo de Alberto les quitó un poco de la vida en común. Esto produjo algunas escenas de celos, en ocasiones que Ana lo acusaba por supuestas relaciones extra matrimoniales. Ahora, esas escenas estaban guardadas dentro de cada uno y quizás olvidadas.

Un día antes del regreso, Alberto tuvo un leve desvanecimiento mientras caminaban por la costa; no demostró preocupación, aunque prometió visitar al médico cuando llegaran a la ciudad. Para terminar agradablemente las vacaciones, por la noche bailaron en una playa cercana.

Con desgano, Alberto comenzó la serie de exámenes que propuso el médico y en pocos días se encontró dentro de un laberinto con una sola salida, difícil de hallar. La solución consistía en recibir injerto de médula. Sólo algún familiar directo podía ser el donante, aunque también existían dudas sobre la completa compatibilidad entre él y el enfermo. Los únicos aptos para ello eran sus hijos, portadores de sus genes. La familia era pequeña; los abuelos habían fallecido y Alberto no tenía hermanos. Realmente, la posibilidad de satisfacer los requisitos para ser donante, era limitada.

Ana quiso evitar que los chicos sufrieran el proceso de extracción del material para la implantación. Preguntó a los médicos si había otra posibilidad; mientras, el estado de su esposo se agravaba. Por fin, entendió que no existía otra salida, que exponer a los niños.

Los hijos se presentaron en un instituto especializado para que les tomaran muestras; ahora sólo restaba esperar los resultados. Mientras, comenzó la carrera de los médicos y el enfermo contra el tiempo.

El plazo transcurría y la operación no se realizaba. El estado de Alberto era crítico; la leucemia había hecho su trabajo. Al sentir llegar sus últimos momentos, pidió que vinieran su esposa e hijos y se despidió serenamente de cada uno. Cuando quedó solo, su vida se apagó suavemente.

Varios días después, en el escritorio del jefe de Cirugía, se encontraba su ficha médica. El veterano médico conversando con uno de sus colegas, dijo en un susurro:

- Murió creyendo que teníamos la médula para él. En realidad, los ADN de estos donantes no tenían nada en común con el enfermo. Sin los elementos para el trasplante, estaba sentenciado. Con dolor, terminó diciendo - no tuve el coraje para decírselo.

#### Buena mesa

La comida es un elemento objetivo, pero la buena comida es subjetiva y todo depende de muchos factores, en especial del sentido del gusto, y según mi modesta opinión, de la edad.

Teníamos veintitantos años y el comer era el complemento de compañerismo, de amistad. El diccionario de aquella época era diferente al de hoy, en que la palabra "restaurante" está seguida por la palabra "hotel".

Nuestro grupo estaba formado por una decena de muchachas y muchachos; algunos estudiantes, algunos "milicos" en servicio obligatorio, y otros, simplemente "laburantes".

Casi todas las semanas nos reuníamos. Los sábados, antes del anochecer comenzábamos una larga caminata por Corrientes desde Pueyrredón hasta llegar al centro; cada tantas cuerdas se unían a la caravana más amigos; a mitad del camino entrábamos a alguna churrasquería o lechería para comer algo que casi siempre era lo mismo: un bife o milanesa con puré o papas fritas y ensalada. El más hambriento pedía un plato gigante de tallarines con salsa de tomates, los finos atacaban a un yogurt y los más finos disfrutaban con medio pomelo, con cara de desagrado. Algunos nos sentábamos al lado de las chicas que comían poco, y las ayudábamos a terminar sus platos. Se hablaba más de lo que se comía, y así, salíamos plenos de charla.

Para sellar la noche, entrábamos a algún vocacional o a ver una película. Si era un melodrama, a la salida todos tenían los ojos rojos; los varones por haber dormido y las chicas por haber llorado. Luego cada uno tomaba su

colectivo, despidiéndose con gritos y grandes ademanes, hasta la próxima semana.

Si el encuentro era el domingo, el programa era diferente: nos reuníamos en alguna casa, donde la participación de los padres estaba estrictamente prohibida. Desde temprano nos sentábamos alrededor de una gran mesa donde nuestro juego era descifrar enredadas adivinanzas, analizar oraciones o simplemente, solucionar complicadas ecuaciones donde dominaban las desigualdades, y las trampas eran permitidas.

La comida era un rito en que se sacrificaba una gran pizza; tomábamos la porción con ambas manos, en actitud amenazante y dábamos enormes bocados, precedidos por una gran aspiración abdominal. Si alguien trataba de hablar, las palabras fluían como gruñidos; las repletas fauces no permitían ningún movimiento que no fuera masticar. Sólo un joven alto, vestido como lechuguino comía con plato y cubiertos. Era justificable pues ya estaba graduado.

Los noviazgos eran permitidos, pero por extraña dinámica, en vez de separar a las personas del grupo, traían a él nuevos miembros.

Otro juego exitoso y divertido era utilizar la imaginación para reconocer comidas, gustos y olores, y cada uno tenía sus preferencias. También había cosas que producían asco: así como yo detestaba las moscas, mi primo los pelos, otros la cebolla, el ajo, el dulce de leche, la nata flotando en la leche, una chica alta, delgada y culta, sufría de asco a la gelatina. El juego era sencillo: cada uno, por turno, improvisaba un cuento al que agregaba en forma sorpresiva alguno de esos ascos; el que recibía el impacto hacía caritas y todos se despanzurraban de risa.

Nunca entendí por qué la que mejor expresaba esas aversiones era la que odiaba la gelatina, si a mí me gustaba tanto... pero no había nada que hacer; sobre ese tipo de gustos y disgustos aún no había nada escrito.

El grado máximo de esos juegos ocurrió una tarde en que una mesa servida esperaba a todos. Había un plato para cada uno, tapado con una servilleta; en pequeños papelitos estaban escritos los nombres. Al descubrirlos, vimos las cosas más odiadas. Yo tiré a la basura las moscas, mi primo los pelos y luego, juntos, nos comimos la cebolla, el ajo, la nata, el dulce de leche y la gelatina. Los espectadores se morían de risa y asco.

Lindos tiempos en que todo era "buena mesa". Pido perdón si este papel tiene alguna mancha producida por una furtiva lágrima de nostalgia.

### El partido de fútbol

El partido ya estaba en lo mejor. El desafío se había convenido una semana antes. Como estaba establecido en los antiguos reglamentos, jugarían once jugadores en cada equipo, sin opción a cambios, aunque fuera por lesiones. El juez sería el único árbitro y sus decisiones inapelables. La asistencia de público estaba permitida en cantidad limitada y cualquier incidente podría contribuir a la anulación del encuentro.

Corrían los tempranos años cuarenta y todos mostraban la tensión que provocaba la guerra mundial. Los concedores sabían que los ánimos estaban bastante alterados.

Como dije, estaba en lo mejor: los jugadores pateaban, el árbitro pitaba y el público puteaba. En ese mismo orden continuó el partido; la pelota iba y venía y los jugadores jugaban reciamente para defenderse y no recibir un gol, y también para atacar y abrir por sorpresa el marcador. Se sabía que el primero que marcara un gol tenía más posibilidades de ganar.

El flaco García era el más hábil de todos los delanteros, y sumamente astuto como para infiltrarse como una aparición y dejar al arquero "pagando". Por algo se llamaba García. Todos sus ascendientes fueron jugadores, y muchísimas veces dejaron sus firmas en el arco del rival. Y fue así: como si fuera un demonio, se coló entre dos defensores y metió la pelota en un ángulo.

Los compañeros lo abrazaron, lo besaron y tomaron la pelota para llevarla al centro de la cancha, pero los contrarios comenzaron a gritar ¡ORSAY! - ¿Cómo puede ser "orsay" cuando no hubo ningún pase? - Contestó el flaco, y como réplica recibió una derecha directa en la nariz.

El árbitro comenzó a pitar y pretendió expulsar a un jugador, cuando él mismo, la máxima autoridad del juego, recibió un gancho de derecha que lo sentó. Y desde la caída del juez se perdió el control; cada uno tomó su rival, y así comenzó la batalla campal.

Cuando se creía que las cosas no se arreglaban llegó el enviado del cielo que se necesitaba: la maestra los separó, los tranquilizó y los llevó lentamente a la clase.

### Dolor de espaldas

El hombre nunca sospechó que un simple dolor de espaldas le complicaría tanto la vida, influiría en su manera de pensar y en sus convicciones políticas. El acontecimiento comenzó en forma muy simple, mas ciertos razonamientos, juego de palabras y oraciones, lo llevaron a una situación en que la cordura y la locura están separadas por un hilo tan delgado y gastado, al que una mínima presión puede cortar y provocar un desastre inimaginable.

Una mañana, sin saber la causa, se levantó con dolor de espaldas. No perdió tiempo y fue a hacerse ver por su médico de cabecera, hombre gentil y calmo, quien le recomendó un especialista en rehabilitación, ortopedia y traumatología. Con tantos nombres, ya se sintió un poco mejor, pero de todos modos decidió consultar con él.

Al entrar al consultorio, se enfrentó con un gorila vestido de médico; medía casi dos metros de alto y tenía casi el ancho de la puerta. La mirada era severa, quizás acompañada por pensamientos aterradoros.

Para quitarse el miedo observó las vitrinas repletas de libros, con un tomo para cada tema o cada hueso. También había en los estantes un compendio de gramática y otro de lógica. Mirando nuevamente el corpulento cuerpo, tuvo las esperanzas de recibir una atención con lógica sin contacto muscular. Se equivocó a medias, pues el "rehabilitador" empezó con un tratamiento físico; la lógica vino después.

El médico dio un rugido y se sentó sobre las pobres espaldas del paciente, metiendo los nudillos entre las vértebras. Sus aullidos y rugidos imitaban a la sabana en el apogeo matinal. Cuando creyó que el infeliz estaba amansado, lo dejó sobre la camilla resoplando en su dolor. Cambió su cara de monstruo por la de una maestra de primer grado, y suavemente dijo: - Si, mi amigo, usted sufre de las espaldas.

- Chocolates por la noticia – quiso replicar, pero no le convenía provocarlo.

- Le creo, doctor – dijo tímidamente – y verdaderamente me asombra la cantidad de personas que tienen problemas de espaldas.

- No tiene por qué asombrarse, viendo tantas personas juntas. Esa es una enfermedad social heredada de nuestros progenitores. Muchísimos años de diáspora, sin posibilidad de arraigarse en un lugar, obligó a nuestro pueblo a dedicarse a profesiones lucrativas, fáciles de interrumpir y trasladar. No se dedicaron al trabajo de la tierra, no utilizaron sus brazos y espaldas, desarrollando en compensación la habilidad de las manos para ser buenos artesanos, y enriqueciendo la mente para ser buenos profesionales y comerciantes.

El don lo tenía estupefacto. - Pero, mire Doctor – se animó a responder – ya pasó más de un siglo desde que llegaron los primeros colonos al país, y que yo sepa, esa fue su principal ocupación.

- Exacto – dijo el médico – era, pero no quisieron laborar la tierra como actividad primaria, abandonándola y cambiándola por la industria y otras profesiones liberales.

- Ahora caigo. Usted me refrescó la memoria. Todo iba bien hasta que subió el partido que hoy gobierna, que ya en su primera cadencia descuidó la agricultura, dejando a un lado el planeamiento. Como consecuencia de eso se sembró demasiado en algunos cultivos y poco en otros, lo que produjo un desequilibrio entre cantidades y precios. El Ministro de Agricultura (\*) se dedicó a asentamientos en territorios ocupados, descuidando lo que un día se llamó Actividad Primaria. Se anuló la agricultura y con eso el uso de los brazos y espaldas. No es necesario ser antropólogo para entenderlo; bastó sólo una generación para traer nuevamente el dolor de espaldas a todo un pueblo.

El doctor se volvió nuevamente gorila, dio un rugido y avanzó hacia el cliente; éste no le dio tiempo a tocarlo, porque salió corriendo hacia la salvación.

Cuando estaba ya lejos, comprendió que el fino hilo entre la cordura y la locura se le rompió al médico, y también recordó que no pagó por la visita.

(\*) De Israel.

## Visita de cortesía

Los trozos de tronco serrado crepitaban dentro de la estufa, dispersando chispas sobre los oscuros ladrillos refractarios. Un rato antes, Teodoro se había sentado a leer, aprovechando la tarde lluviosa y fría, que invitaba al ocio y la meditación. En el ambiente caliente y tranquilo, una agradable modorra lo llevó al adormecimiento, pero antes cerró el libro, lo colocó entre su cuerpo y el tapizado del sillón, y apoyando la cabeza en el respaldo de cuero, comenzó a dormir. Sobre la mesita, quedó la taza de te a medio beber.

Unos minutos más tarde, golpearon a la puerta; con desgano, se paró y caminó para abrirla. Frente a él estaba su amigo Emmanuel, cerrando el amplio paraguas negro, chorreante de agua. – Pasá viejo. ¿Qué vientos, o mejor dicho, qué lluvias te traen en un día como éste?

- ¿Recordás a Ulises, ese que te presenté en una ocasión? Bueno, voy a visitarlo porque tuvo un accidente – contó Emmanuel.

- Pero, desde entonces transcurrieron años; incluso no recuerdo su cara, y supongo que él, tampoco la mía. – dijo Teodoro, tratando de evadirse de la visita.

- Esa es la cuestión. Dicen que el tipo está estropeado y me sería incómodo mantener un monólogo con él en esas condiciones, y vos sos la compañía que necesito. Sentémonos, conversemos un rato, y después de un tiempo prudencial, mirá el reloj y recordame que en pocos minutos tenemos una entrevista. De esa manera quedaremos bien con él y su esposa.

Media hora después, golpeaban a la puerta de Ulises; él mismo los recibió. Emmanuel lo saludó con unas palabras de cortesía, cediendo el turno a Teodoro; éste estiró su mano hacia el dueño de casa y lo miró. Algo no encajaba: la cara de Ulises se parecía a una salchicha gigante, reventada por el hervor; la hinchazón la cubría totalmente, y hematomas negros bajo los ojos aumentaban su aspecto grotesco. La mano no llegó a su destino, pues Teodoro lanzó una carcajada. –Perdón, perdón – exclamó, pero su risa intermitente no le permitía dominarse.

Ulises, puso cara de pobrecito, como disculpándose por presentarse así, lo que estimuló a Teodoro, que no podía evitar las lágrimas en su furiosas risotadas.

Ya sentados a la mesa, el accidentado contó los detalles del accidente: había oscurecido y, bajo una intensa lluvia, regresaba en su coche, cuando un animal cruzó la ruta; para no chocar con él torció hacia un costado, provocando que el vehículo cayera dentro de la banquina. El coche quedó en malas condiciones, y Ulises recibió golpes en varias partes del cuerpo. Renqueando llegó al centro del camino, y comenzó a agitar los brazos a los pocos vehículos que pasaban, pidiendo auxilio, pero en la oscuridad no parecía un ser humano, y nadie se atrevió a parar para ayudarlo.

Su historia la acompañaba con gestos y expresiones, que devolvían a Teodoro deseos de reír. Emmanuel, disimulando su incomodidad, se levantó, se disculpó con el pretexto de que los esperaban, y tras un breve saludo, salió con su amigo que no lograba contenerse.

-Amigo, bien que me las has hecho; ahora tengo un buen pretexto para no volver a visitarlos – dijo Emmanuel, que ahora también estaba tentado por la risa.

Transcurrieron varios años. Teodoro no recuerda la cara de Ulises, y prefiere que sea así, para no volver a esa risa contagiosa. Emmanuel ya no le pide que lo acompañe a consolar gente, y por precaución, sólo se dedica a enviar tarjetas.

#### Noche de fieras

Apenas terminado el improvisado almuerzo junto a la fangosa terminal para carros y "jeeps", salieron el "Sahib" y los dos nativos acompañantes, para buscar plantas y flores exóticas. Su profesión de botánico e investigador lo exponía a los peligros de la sabana y los montes; en el pasado ya ocurrió que debió ser socorrido por guardias de la reserva natural, cuando quedó sin agua y unas pocas provisiones a la vera del camino, con un eje de su jeep destrozado; el pequeño teléfono celular fue el verdadero héroe que lo comunicó con sus salvadores.

Esta vez, los riesgos eran mayores, pues dejaron el vehículo en una estación de la policía kenyata y continuaron a pie. Llevaban un pequeño

equipo para pernoctar, alimentos y unos fusiles listos para usarlos en caso de ser atacados por animales salvajes.

Toda la tarde hasta el anochecer buscaron plantas, sin buen resultado; desplegaron la pequeña carpa para descansar, y comenzar nuevamente la búsqueda al amanecer. Los ayudantes africanos encendieron una fogata cerca de la carpa y entraron con el botánico a dormir. Cuando se concentraron en el silencio, comenzaron a oír los interesantes y atemorizantes sonidos de la jungla.

Pequeños animalitos corrían por las cercanías dando gritos, las peleas por una presa se repetían sin cesar, y una lechuza posada sobre un árbol cercano cantaba malos presagios. Después de medianoche comenzaron los rugidos, cada vez más cercanos; prepararon las armas y quedaron expectantes ante lo que podía suceder.

Seguramente algunas fieras olieron la presencia de los huéspedes, posibles víctimas para sus garras y fauces, buena ración para satisfacer el hambre de muchos días. Entre gruñidos y rugidos comenzó una disputa por el terreno y la caza. La vigilia se prolongó entre la precaución y el miedo. El sahib se comunicó con los guardias de la reserva, ante la probable necesidad de ayuda; luego, los tres comenzaron a rezar.

La riña entre las fieras fue tomando fuerza y ferocidad, hasta que se convirtió en una terrible batalla por la posesión de las víctimas. Los golpes y rugidos continuaron una larga hora, hasta que se hizo silencio; el monótono canto de la lechuza continuó.

Antes del amanecer estaban los guardias al lado de la silenciosa y maltratada carpa, que había sufrido zarpazos y algún disparo; la abrieron y vieron a los hombres dormidos, abrazados a las armas; los despertaron, y luego, juntos caminaron varios pasos. Manchados con sangre se encontraban dos leones muertos.

Entre ambos animales, como último homenaje a dos reyes de la selva, se erguía un pequeño arbolito, y pegado a él, se encontraba una hermosa orquídea.

El hombre del perrito

A fines de mil novecientos cincuenta y seis, Caracas era todavía una ciudad al estilo colonial, con anchas avenidas arboladas, y numerosos terrenos baldíos diseminados entre las construcciones. En los puestos diseminados en las veredas, la gente compraba chicha y cocada o, en algún carro que de tanto en tanto pasaba recorriendo las calles, arepas y platos de mondongo. Vendedores de periódicos saltaban entre coche y coche, exponiéndose valerosamente, para venderlos a los conductores.

En un edificio ubicado en una de las calles céntricas, se encontraba el estudio de Luis, joven ingeniero; ante él, amplia carrera en la construcción de obras viales. Miró la hora en su reloj; recordó que Julieta, su esposa, le había pedido que comprara algo. Salió con prisa hacia una de las tiendas cercanas y, al pasar frente al baldío contiguo, vio en el interior a un señor maduro, alto y bien parecido que, sujetando una correa, paseaba a un lindo perrito.

Luis se acercó al hombre y, en forma respetuosa le dijo – perdón; no lo conozco, señor. Está utilizando sin mi autorización, el terreno de mi propiedad.

- Soy el general Perón, ex presidente de la República Argentina como podrá usted ver en mi documentación, y amigo personal del presidente Pérez Jiménez. Permítame que continuemos nuestro paseo.

- Si es así, está bien – confirmó Luis con su cordialidad venezolana, y siguió caminando hacia la tienda.

El perrito dio unos saltitos, tiró de la cuerda, condujo al general hacia una de las paredes, y allí dejó su urinaria firma.

#### La encomienda

En cierta oportunidad tuve que enviar a un lugar lejano, una caja con libros. Era pesada, y por la incomodidad para cargarla y la pérdida de tiempo, decidí llamar a una de esas empresas que transportan encomiendas a lo largo del país; el precio, establecido según el peso, era alto, pero el servicio lo justificaba. Levanté el teléfono, me comuniqué con la sucursal local, y solicité que vinieran a recogerla. La chica que me atendió me pidió que esperara en la entrada de mi casa, provisto de dinero en efectivo para efectuar el pago del flete.

A la hora concertada, llegaron para llevarse mi encargo, pero tenían un problema: la balanza que llevaban estaba descompuesta. Se me encendió la lamparita y les propuse que fuéramos al corralón situado a media cuadra de distancia, y pedir que nos permitieran utilizar la imponente báscula para camiones, que se encontraba en el patio.

Subieron con el camión a la plataforma, e hicieron un pesaje previo; colocaron el paquete sobre el contenedor, y se dispusieron a hacer el pesaje final. En ese momento un perro vagabundo subió al improvisado escenario, y se dispuso a dejar su firma en uno de los neumáticos, pero el conductor lo ahuyentó antes de que cumpliera con sus húmedos propósitos. Lentamente y con malas ganas, el can bajó del tablado, y desapareció por detrás del vehículo. El paso siguiente fue cosa de segundos; mi encomienda fue pesada con gran exactitud, pagué, me dieron el recibo, y rápidamente viajaron.

Salí caminando hacia mi casa, contento de haber concretado el despacho, pero antes dirigí la vista hacia la báscula: sobre ella, en el lado opuesto a la parte donde estuvo el camión, bajo un tibio sol de primavera, seguía dormitando el perro vagabundo, ignorante de su participación activa en el pesaje y en el monto del envío.

#### El sombrero

Delia se sintió sola dentro de ese mundo de gente. Acababa de despedirse de sus amigas, después de disfrutar juntas mirando vidrieras y probándose ropa; a su edad, esa era una de sus distracciones, en las tardes porteñas.

Caminando por la peatonal, entró a los vestíbulos de los cines ubicados sobre ambas veredas para ver los programas; aún evocaba el gusto de la torta helada que le sirvieron en una antigua y aristocrática confitería, cuando un fuerte olor a pizza la perturbó.

La tranquila tarde se estaba convirtiendo en un cuadro gastronómico surrealista. Debía escapar de esos contrastes, viendo una película seria y profunda. Su delicado gusto, natural predisposición y sensibilidad la introducían con facilidad en la trama, y para ello eligió un buen drama;

sabía que a veces no podía evitar salir con los ojos rojos, consecuencia de su identificación con los personajes, pero eso era parte del juego.

Adquirió la entrada y se ubicó en el centro del súper pullman. Delante de ella estaba una pareja de mediana edad; conversando en voz muy baja, respetando el silencio natural que había en la sala. Aún faltaban algunos minutos para el comienzo, cuando el hombre se levantó, dejando su sombrero sobre la butaca.

La película comenzó, y Delia se acomodó en su lugar, poniendo su atención en las primeras escenas. Llegó una nueva espectadora y quiso sentarse en el lugar vacío; la esposa del ausente le advirtió de que estaba ocupado, pero ella se obstinó y no consintió en tomar otro, y sin más se sentó. Ningún regaño ayudó.

Mientras tanto el señor llegó y reclamó su asiento, pero la usurpadora no cedía; la discusión se hizo en voz alta y con cierta violencia; se escucharon algunas risas que fueron multiplicándose. La proyección del filme continuó sin interrupción. Al ver que su pleito no se solucionaba, el hombre se sentó en la falda de la señora y ésta, enojada, se levantó y abandonó la sala.

El silencio volvió. De pronto, le dice a su esposa con voz suficientemente alta – Y me estropeó el sombrero – volvieron las risas.

El drama cinematográfico finalizó. No se veían caras tristes ni huellas de llanto; todos reían.

Pasaron los años y al parecer, el suceso fue olvidado. Pero cuando sorprenden a Delia riéndose, le preguntan – ¿qué te pasa? ¿Te reís sola?

Ella contesta con otra pregunta – ¿la palabra sombrero te causa gracia?

- No.

- A mí, sí.

### El Ávila

Llegados a Caracas en un día de septiembre, nos instalamos en un hotel que en un tiempo simbolizaba la hotelería caraqueña: El Ávila. En la recepción había un cuadro con la foto de un tucán. Me sentí un poco despistado; el monte que rodea a la ciudad se llama El Ávila y el ave nacional es el turpial ¿por qué el pájaro del cuadro era un tucán?

Ya en la primera salida descubrimos que el conductor del taxi no paraba cuando el semáforo estaba en rojo. Nos preguntamos: ¿Nuestra estadía se convertirá en una serie de errores y contradicciones? Decidimos dejar a los acontecimientos correr, y por los sucesos llegar a la verdad.

Cuando viajábamos por lugares abiertos, vimos el imponente monte desafiándonos. Escalarlo era una empresa imposible para nosotros, pero subir en el funicular nos pareció razonable. Pedimos al taxista que nos llevara a la estación del teleférico, para llegar con él a la cima del gigante verde.

Y el viaje comenzó; en un ascenso lento nos internamos en la aventura. Árboles centenarios nos observaban en el trayecto, y en los terraplenes, algunos yacían vencidos por el tiempo o las tormentas. Dentro de la pequeña cabina no alcanzábamos a ver la totalidad del grandioso espectáculo, ya fuera por el efecto que causaban la altura y la lejanía, o la presencia de hierros retorcidos, partes de un funicular anterior, disseminados cual restos de un accidente ferroviario. Quisimos introducir en nuestras vivencias los breves cuentos y leyendas indígenas escuchados, pero éstos volvían a nuestras conciencias en desorden, sin solución de continuidad. Dejamos al azar el buen éxito de nuestro paseo.

Al cabo de media hora estábamos en la rampa final, en la que estacionó el vehículo. Salimos hacia el paseo, y un olor a humos y pinos se incorporó a nuestra respiración. Algunos visitantes corrieron hacia los puestos a comprar algún refrigerio o una golosina; nosotros continuamos sobre la amplia avenida para caminantes, observando el paisaje y los puestos de comida y souvenir. El aroma de morcilla asándose me trasladó a momentos anquilosados en mis recuerdos. Mi curiosidad me condujo hasta las parrillas, pero no pude acercarme, pues un grupo de escolares acompañados por sus guías, esperaban por sus encargos, todo el stock destinado para la venta de ese día. Resignado, continué caminando.

Minutos más tarde subimos al teleférico nuevamente, para regresar a la ciudad. En la mitad del descenso puse una mano en uno de mis bolsillos y uno de mis acompañantes preguntó – ¿qué tienes en el bolsillo, que nosotros no hemos visto? No contesté; me di vuelta y comencé a observar

la admirable vista; con disimulo abrí la bolsita, y le di un buen mordisco a mi sándwich de morcilla.

\* \* \* \*

**Libros Tauro**

<http://www.LibrosTauro.com.ar>